

El triángulo de invierno

JULIA DECK

Traducción de Magalí Sequera



EL TRIÁNGULO DE INVIERNO

JULIA DECK

Traducción de Magalí Sequera



ETERNA CADENCIA EDITORA

Deck, Julia
El triángulo de invierno / Julia Deck. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Eterna
Cadencia, 2021.
Libro digital, EPUB

Archivo Digital: descarga
Traducción de: Magalí Sequera.
ISBN 978-987-712-229-9

1. Narrativa Francesa. I. Sequera, Magalí, trad. II. Título.
CDD 843

*Cet ouvrage, publié dans le cadre du Programme d'aide à la publication Victoria Ocampo, a
bénéficié du soutien de l'Institut français d'Argentine.*

Esta obra, publicada en el marco del Programa de ayuda a publicación Victoria Ocampo, cuenta
con el apoyo del Institut français d'Argentine.

Título original: *Le triangle d'hiver*

© 2014, Julia Deck
© 2014, Les Editions de Minuit
© 2021, ETERNA CADENCIA S.R.L.
© 2021, Magalí Sequera, de la traducción

Primera edición: abril de 2021
Primera edición digital: mayo de 2021

Publicado por ETERNA CADENCIA EDITORA
Honduras 5582 (C1414BND) Buenos Aires
editorial@eternacadencia.com

www.eternacadencia.com
<https://www.instagram.com/eternacadenciaeditora/>
www.facebook.com/eterna.cadenciaii
twitter.com/eternacadencia

ISBN 978-987-712-229-9

Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, sea mecánico o electrónico, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright.



EL TRIÁNGULO DE INVIERNO

Julia Deck

A las novelistas las vi en las revistas que hay en las salas de espera, en las páginas de Madame Figaro. Se las ve abriendo las puertas de sus salas de estar en París, posando en sus escritorios, delante de la biblioteca, en el fondo de sus bañeras de esquina, donde chapotean para encontrar inspiración.

Cansada de una vida rutinaria, desbordada por las deudas y sin mayor proyección que un nuevo trabajo precario, la joven protagonista de esta historia decide -en medio de una entrevista con su consejera laboral- cambiarse el nombre. De ahora en adelante se llamará Bérénice Beurivage, como la novelista interpretada por Arielle Dombasle en una película de Éric Rohmer. Sumado a que su parecido con la actriz es sorprendente, ser novelista es un empleo mucho más atractivo que cualquiera de los que le propone la consejera laboral. ¿Por qué no habría de cambiar entonces su identidad?

Para iniciar su nueva vida se muda de Le Havre a Saint-Nazaire, donde conoce al Inspector: el flechazo es mutuo. Pero a medida que pasan los días se hace más difícil sostener la mentira, a lo que se suma la aparición de la bella periodista Blandine Lenoir, también interesada en el Inspector y quien rápidamente sospecha de la joven protagonista.

Julia Deck construye una novela hipnótica, tan apasionante como triangular: tres son los amantes, tres los puertos que recorre la protagonista -y que también debieron construirse una nueva identidad luego de la Segunda Guerra Mundial- y tres son las estrellas del Triángulo de Invierno, una figura que a esta escritora, sin ninguna duda, le calza a la perfección.



Afiche de la película *El árbol, el alcalde y la mediateca* (1993), de Éric Rohmer

Quien oculta una columna comete una falta.
Quien hace una falsa columna comete un crimen.

AUGUSTE PERRET,
Contribución a una teoría de la arquitectura

Bérénice Beaurivage. Le doy vueltas y más vueltas y no le veo nada que me haga dudar. Sí, este nombre me calzaría a la perfección, piensa ella girando hacia la ventana que enmarca una calle lúgubre. Rectángulo en el que, si se insiste un poco, se distingue el borde de la vereda plantado con postecitos terminados en esferas, un paralelogramo de calzada desierta y la fachada amarillenta del edificio de enfrente. Y luego la mirada descansa obstinadamente en el zócalo.

-Señorita, deje de contemplar el tomacorriente.

Bérénice Beaurivage, basta con pronunciar ese nombre y enseguida se abre la perspectiva, se ensancha el horizonte.

-Señorita, abra los ojos. Parece dormida.

Voy a elegir este nombre. Lo voy a adoptar, me lo voy a apropiar, lo voy a lucir bajo todas sus letras, me voy a transformar por completo en la mujer que sugieren esos sonidos.

-Señorita, le estoy hablando.

Aflora una pequeña molestia. Porque ese nombre no lo inventé, le pertenece a otra, aunque por así decirlo, a medias. Mi nombre lo usa una actriz de una película de Éric Rohmer, Arielle Dombasle, que interpreta el papel de la novelista Bérénice Beaurivage.

-Mire, señorita, hace tres meses que viene para una entrevista individual. Al principio fui comprensiva, porque su última experiencia laboral no fue muy buena, luego le encontré unos avisos, propuestas de formación, y usted se hizo la difícil. Pero va a tener que poner algo de su parte, mostrar más creatividad, capacidad de adaptación, porque sin título, ni cualificación, no crea que va a llegar a ministra.

Novelista. Una actividad atractiva. Mucho más que los puestos que propone la consejera laboral.

-Muy bien, señorita, hice todo lo que pude. Como no quiere saber nada, voy a llamar a mi superior. Monsieur Geulincx, ¡venga, por favor!

A las novelistas las vi en las revistas que hay en las salas de espera, en las páginas de *Madame Figaro*. Se las ve abriendo las puertas de sus salas de estar en París, posando en sus escritorios, delante de la biblioteca, en el fondo de sus bañeras de esquina, donde chapotean para encontrar inspiración.

-Sí, Solange, ¿qué puedo hacer por usted?

Las novelistas no saben lo que es madrugar para viajar en horrorosos transportes públicos. Se levantan a la hora que quieren, se pasean bajo las volutas de largos cigarrillos en busca de la palabra perfecta, de la mejor frase, y así transcriben lo que se les ocurre en bellas libretas encuadernadas en cuero.

-Se trata de la señorita, monsieur Geulincx. Ya la citamos la semana pasada.

-Sí, lo recuerdo. Un caso difícil con el agregado de la falta de motivación.

Ser novelista no puede ser tan complicado cuando una ejerció, como yo, muchos oficios con creatividad y capacidad de adaptación.

-Exacto, monsieur Geulincx, ya intenté todo con ella, el acompañamiento personalizado,

talleres, prácticas de inserción. Ya me esforcé lo suficiente.

Con los oficios, ya intenté lo suficiente,

-Señorita, es necesario que se ubique o tendremos que cortarle el estipendio y va a terminar cobrando el supuesto subsidio extraordinario por desempleo, en realidad va a terminar en la calle, sí, señorita.

en oficinas, en tiendas, para vivir una vez más en una nueva piel.

-Realmente no se puede sacar nada de ella. Pero Solange, la verdad es que lo que más me preocupa es ese asunto del acoso.

-Absolutamente, monsieur Geulincx. ¡Amenazar al jefe de sección con un utensilio y la probabilidad de que vuelva a encontrar un empleo en el rubro después de eso!

Basta con tener algunas características similares a las de la actriz Arielle Dombasle,

-Tiene razón. Con esos antecedentes, sería mejor que se fuera de Normandía.

estar segura de mí misma en cualquier circunstancia, y también un cuerpo grácil, una larga cabellera rubia,

-Bueno, no hay nada que hacer, cierre la ventanilla. Y a usted, señorita, no la quiero ver más en esta oficina, usted no tiene remedio.

lo que es un hecho.

LE HAVRE

(PRINCIPIOS DE DICIEMBRE)

La señorita volvió a su hogar en la atmósfera suave y celeste de las cinco de la tarde. Pasó por los *bassins* du Commerce, du Roi y de la Manche para llegar al *quai* de Southampton, donde se detuvo al pie del conjunto de edificios frente a la terminal de cruceros. Encajada en la desembocadura del río como el diente de un tenedor, la punta de Florida recibe los buques de pasajeros que hacen escala. Mientras la mujer cumplía con su cita en la agencia de empleo, llegó un barco. Es un crucero moderno, trescientos metros de largo y diez pisos que se alzan sobre el agua tranquila. Unas cuatro mil personas deben circular por estas superestructuras, pero la pared brillante no deja adivinar nada de ese ajeteo, totalmente ajeno a la ciudad que se extiende más allá del muelle.

Ella escuchó en los noticieros que, cuando naufraga un crucero, las parejas sobrevivientes presentan una tasa de divorcio bastante más alta que el promedio. Como lo había comentado el periodista, este fenómeno se explica porque la gente tiende a pisotear a los demás para salvarse el pellejo. La señorita no está expuesta a ese tipo de problemas -es el anverso de su medalla-, sube sola los dos pisos del monoambiente donde también vive sola, tan desligada de la tierra firme como los pasajeros del navío. Este le tapa la vista desde su puerta ventana, que ahora da a una grilla de ojos de buey.

La arquitectura del monoambiente, hecho con ángulos rectos, equipos funcionales y ventanas verticales, es testigo de un estilo que predominaba en la época de la Reconstrucción. En cuanto al piso, exhibe las marcas de un desastre más reciente: libros de la mediateca aplastados en el suelo, envases de yogur, envoltorios de comidas preparadas, papel absorbente, esmalte de uñas, algodón hidrófilo, hisopos, es un asco, qué carajo importa.

Hay una banqueta orientada hacia el estuario. La señorita duerme ahí, a veces a la tarde, acunada por el balanceo del agua y las nubes. Sería mejor que respondiera a las ofertas de la agencia de empleo. Urge encontrar un nuevo trabajo. Las cartas que se amontonan en su buzón se lo recuerdan todos los días, facturas pendientes, buenos recuerdos del fisco, acreedores que no tardarán mucho en tomar medidas en caso de que ella no regularice su situación. Pero la señorita ya no abre su correo.

Observa el crucero, llamado *Sirius* según las letras gigantes pintadas en la proa (*Alpha Canis Majoris*, dirá el Inspector). El casco refleja los últimos rayos rosados y amarillos mientras se van iluminando una a una las cabinas, los pasajeros se preparan para cenar en uno de los ocho restaurantes del barco, para entretenerse cerca del bar o gastarse tres salarios mínimos en la ruleta.

Decenas de cruceros acostan bajo su ventana. Pasan por ahí dos o tres por semana, a veces los mismos, porque los barcos -como los trenes en el campo, los aviones en el cielo- no tienen una presencia ilimitada en el mar. Van y vienen, se resguardan por un rato y luego retoman su ruta, así que este puede haber venido a descansar ante sus ojos hace unos días o unos meses.

Como si le disgustara la idea, cierra las cortinas, que enseguida le tapan la vista con un carraspeo de chatarra, va hasta la pequeña cocina, donde llena la pava eléctrica y pulsa el interruptor que está en el asa. Hurga en la alacena en busca de alguna cosita para picar, descubre un paquete de magdalenas de marca Saint-Michel, la “verdadera receta con huevos extrafrescos”. Epa, no recuerdo haberlo comprado, pero mi memoria es un colador. En cuanto el aparato empieza a hervir, pone el interruptor en off, escalda la tetera y le arroja una lluvia de hojas enrolladas en bolitas. Mientras vigila el segundero del reloj de pared, desliza una mirada hacia la ventana de la cocina. Desde ese ángulo, el crucero aparece por la parte trasera, aplanada para ofrecer una superficie máxima para los ojos de buey y aumentar la rentabilidad del navío. Algunos pasajeros toman aire en las crujías, ella sigue distraídamente sus trayectorias mientras la infusión reposa y vuelve a sentarse en la banqueta con la taza en la mano derecha y una magdalena en la izquierda.

Primero el té o la magdalena. Humedecer las papilas para mejorar lo esponjoso o morder la masa abombada de agradable color amarillo anaranjado. Parece un detalle sin importancia, pero es delicado, esa clase de decisiones orienta el futuro. Primero, probar la magdalena. Sí, es más lógico. Deja la taza, abre la boca y se detiene. No, remojarla. Recupera el té, está a punto de sumergirla. Ya no sabe. Gira alternativamente hacia la taza y hacia la magdalena y les dirige su más bella mirada de medusa. Pero los objetos se resisten a ese interrogatorio y, por despecho, termina vertiendo el contenido de la taza en la maceta de una pequeña palmera y engulle una tras otra casi todas las magdalenas.

Una lluvia de migas le cae sobre el pantalón deportivo y entre los pies, donde están esparcidos los restos, botones, bulones, tapones, una lapicera azul sin tapa.

Bérénice Beaurivage.

Revuelve sus cosas, exhuma una libreta decorada con estrellas brillantes. Unas finas rayas celestes esperan el momento de guiar la escritura a través de las páginas, y ella, prudentemente, la abre en la tercera, ya que ha notado que suele ser mejor no empezar por el principio.

Luego, solo hay que ponerse a. Masticar la punta de la lapicera, alzar los ojos hacia el techo, bosquejar un atisbo de idea, transcribirlo antes de darse cuenta de que es demasiado tonto. Tachar tres palabras, volver a empezar. Volver a preparar té, volver a pasar frente al crucero, que sigue obstruyendo el campo visual, liberar la mente de pensamientos negativos, volver a escribir tres palabras mientras se piensa Después de todo, hay que avanzar, lo corregiré más tarde. Volver a leer esas tres palabras, tacharlas con fuerza, la hoja se rompe.

Qué rabia me da, resuelve cerrando la tapa con brillantes. Traga una última magdalena y va hasta la ventana para contar el número de puentes en el crucero (11), el número de ojos de buey por puente (55), luego los multiplica para llegar a 605: hay al menos 605 cabinas en esta ratonera flotante de turistas.

La aritmética apacigua. Tranquiliza tanto que ella ha ido desarrollando sus dones. Por un lado, fue por esa cualidad por la que la contrataron en la tienda de electrodomésticos Darty en el mes de mayo; por el otro, porque al responsable de tienda ella le gustaba mucho. Este había dicho que la joven rubia estaría muy bien para el puesto después de una entrevista de quince

minutos en la que solo él había hablado, mientras la señorita se cuidaba de interrumpirlo. Ella solo había aclarado que no tendría ningún problema con los stocks, sabía contar. Y se las arregló más o menos durante dos meses. Había abierto el local casi puntualmente, había vendido un poco menos de ollas a presión y robots de cocina que su cupo, pero el stock estaba en perfectas condiciones, y el responsable había declarado que esa bella persona tenía futuro, solo había que darle tiempo para que incorporara las bases del comercio y los rudimentos de los buenos modales.

Entonces terminó el período de prueba y se planteó la cuestión de las vacaciones. Se acercaba el verano, el aire se hacía más cálido, y ella no pensaba pasarse el día bajo las luces de neón del local, quería ver el mar por las tardes. Pero cuando comentó sus planes al jefe de sección, monsieur Baridou dijo No. No, señorita, usted no puede tomarse vacaciones en verano, son vacaciones escolares y usted no tiene hijos; de todas maneras madame Bloquet y monsieur Piton, que sí los tienen, ya me dieron sus fechas, así que es demasiado tarde, usted se las tomará en noviembre, como todos los solteros.

Pero resulta que en ese momento la señorita acababa de hacer una demostración para una señora gorda que buscaba una batidora, y que finalmente no había comprado nada. Ella seguía con el utensilio en la mano y de pronto se lo blandió en la cara al jefe de sección. Con el volumen al máximo, gritó ¿Está seguro, monsieur Baridou? ¿Seguro que no me puedo ir en verano? Y acercándose más, prosiguió Porque yo sí creo que me voy a tomar esas vacaciones y la prueba es que se puso pálido, sí, monsieur Baridou, está entrando en razón, se está acordando de que aquí tenemos igualdad de derechos, etcétera, y me tomaré las vacaciones cuando yo quiera, faltaba más.

La situación se había complicado. Alertadas por el runruneo prolongado del aparato, las vendedoras de la sección de belleza vinieron a ver qué estaba pasando. Claro que monsieur Baridou no les caía muy bien ni a Sylvie ni a Mathilde, ambas habían trabajado bajo sus órdenes antes de que las destinaran a la sección de accesorios para damas. La primera, que justamente llevaba consigo una depiladora, la había encendido alentada por la segunda y amenazaba con retocar la tonsura del jefe de sección, inmovilizado contra un mostrador. Hizo falta que intervinieran los vendedores de equipos de alta fidelidad, luego los brazos fuertes del servicio posventa para terminar con el caos.

Monsieur Baridou había corrido a presentar la denuncia. Pero al día siguiente, la prensa local, so pretexto de un rasguño, tituló “Pánico en la sección cocina”, y él renunció a emprender acciones legales para no volver a aparecer en los diarios con sesgo tan desfavorable. Despidieron a la señorita, suspendieron a Sylvie y Mathilde recibió un llamado de atención. Las tres lamentaron tener que separarse tomando cócteles en el Victoria.

A la señorita le caían bien sus dos compañeras. Pero ellas, que a pesar de su juventud ya tenían maridos e hijos, y aunque se quejaban de ellos constantemente, disfrutaban a todas luces evocando sin parar a un montón de suegras, cuñados, cumpleaños y ceremonias religiosas inverosímiles. A lo que la señorita jamás sabía qué contestar, y se había cansado muy pronto de las conversaciones cuando las tres dejaron de compartir el tema de Darty.

Habría podido buscar un trabajo. Pero andaba con pocas ganas. Empezó a frecuentar la mediateca, las salas de cine que ofrecían tarifas reducidas a personas en su situación. Al pasar los meses y cuando las horas se volvieron interminables, sus acciones ya solo fueron guiadas por

accesos súbitos de deseo o hastío.

Como el que acaba de tener: cansada de chocarse con las paredes, sentir el deseo de tomar aire. Se vuelve a poner las zapatillas con velcro, el anorak plateado forrado con piel sintética, y baja a toda prisa las escaleras del edificio.

En el *quai* de Southampton, no hay ni un alma y ni siquiera un árbol, el arquitecto de la Reconstrucción pensó seguramente que la vegetación desviaría inútilmente la mirada de sus edificios de hormigón armado. Efectivamente, los volúmenes cuadrangulares dan una bella impresión de equilibrio gracias a las variaciones de alturas, al juego de elementos horizontales -plazoletas, pórticos, balcones, terrazas- que modulan delicadamente la composición de las fachadas.

En la primera esquina dobla en la *rue* de París, llamada así porque está construida siguiendo el modelo de la *rue* de Rivoli. Aun así, hay diferencias. Las galerías cubiertas se sostienen en pilares toscos en vez de en arcadas elegantes y, en lugar de lujosas tiendas, cobijan agencias de trabajo temporario, de alquiler de automóviles, y una droguería que ofrece una gama especialmente amplia de productos repulsivos: contra los mosquitos, las polillas, las moscas, las cucarachas, las termitas, las ratas, los ratones y los ratones de campo.

Como no circulan más autos por la calle que peatones por la vereda, ella camina por la línea blanca con el cuidado de dar cada paso sobre la raya. Las perpendiculares de la *rue* de París forman con esta una cuadrícula regular según el trazado ortogonal típico de las ciudades construidas en campo raso. No se trata de una granja aislada que se volvió una aldea, luego un pueblo y una ciudad, sino de un conjunto edificado en una superficie yerma, una llanura, un desierto o tras la destrucción total del anterior. Después de un bombardeo, por ejemplo.

No queda ninguna huella de las arquitecturas que se sucedieron, entremezcladas antes de que los Aliados las arrasaran. Las calles nuevas resisten solas, vaciadas de la población que no regresó cuando se terminaron las obras de posguerra. Pasaron años, los habitantes se habían establecido en la periferia, en barrios infectados por rotondas, centros comerciales, tal es así que ella llega al monumento a los muertos sin haberse cruzado con una sola persona.

El cenotafio bordea una explanada adornada con dos extraños volúmenes blancos. Chatos en la cima, y luego ensanchados en dirección al suelo, tienen la curvatura de las reservas de agua, de torres de enfriamiento de una central nuclear o más sencillamente de un par de yogures mal desmoldados (parabolohiperbolóidicos, dirá el Inspector). Varios restaurantes enmarcan la explanada. Considerando que le queda suficiente para pagarse un *omelette*, la señorita cruza más allá de los yogures para examinar el menú.

En las vidrieras de los restaurantes, los clientes pican sus entradas sin interrumpir las conversaciones. Ella se había olvidado de que era viernes a la noche. Cada uno cena con sus amigos o con la otra mitad de su pareja, es deprimente, especialmente porque al fondo de un salón divisa el perfil de monsieur Baridou acompañado por su esposa -otro inconveniente de las aglomeraciones de tamaño mediano: cada vez que una se cruza con un conocido, es un inoportuno-. Renuncia al *omelette* y se dirige hacia el *bassin* du Commerce y lo bordea por trescientos metros antes de doblar a la derecha.

Plantada con robustos edificios, esa parte de la ciudad se presenta como un islote trapezoidal, delimitado por un estanque de cada lado. La señorita pasa por el mercado de pescado, el restaurante Punjab, la crepería La Paimpolaise y se detiene frente al Home. Un público de entre veinte y treinta años de edad pide tragos sofisticados en un ambiente de bar lounge. Se sabe qué clase de

lugar es: iluminación casi inexistente a pesar de los esfuerzos de algunas luces de neón dispersas en los rincones, precios prohibitivos y una despreocupación disuasiva del personal del salón. La señorita había ofrecido allí sus servicios al llegar a la ciudad. El gerente le había respondido No, gracias, a la par que miraba alevosamente a la bartender, una planta trepadora pintarrajeada y llena de tatuajes, diez años menor que la señorita. Ella había entendido el mensaje, así que listo, otra vez a la agencia de trabajo temporario.

Empuja la puerta del bar lounge. Evitando las mesas numerosas, donde todos se sienten obligados a expresar exageradamente su felicidad, encuentra un rincón y se arrellana en un sillón blando. En el menú, el cóctel más barato cuesta ocho euros.

Voy a pedir un *Ruso negro*, le dice al camarero apretado en su camiseta tensa como un elástico y un bóxer que se le escapa por los tres cuartos del jean deshilachado.

¿Un qué?, contesta el muchacho, cuya mirada se dirige ostensiblemente hacia otro lugar.

Uno de estos, desarrolla ella señalando una línea en el menú de cócteles.

Un *Black Russian*, articula él mientras su mirada se fija en la piel sintética que bordea el anorak de la señorita, que todavía tiene la capucha en la cabeza.

Como usted diga.

El camarero se da vuelta y ella relee los nombres de las bebidas para que parezca que está haciendo algo. El *Black Russian*, como se acaba de enterar, se hace con vodka, café, Coca-Cola. Más vale que despierte a la gente. Que la agite, que la zarandee, que la vuelva a poner en el buen camino, si no, es una vía muerta, sí, señorita, insistieron hace un rato con eso en la oficina de empleo. Ella vuelve a cerrar el menú, se pierde en la contemplación de sus rodillas para dejar claro lo poco que le importa estar sola en ese bar lounge un viernes a la noche.

Apenas se ausenta alguien en otra mesa, la otra persona aprovecha para interrogar el teléfono, esperando una conversación más interesante o que simplemente el aparato pueda paliar el abandono. La señorita no tiene los medios suficientes como para contratar una compañía telefónica. Su mirada deriva hacia la ventana, un cuadro opaco donde se reflejan los clientes: grupos de estudiantes, pero sobre todo parejas muy clásicamente formadas por un hombre y una mujer. Tres trajes con corbata esperan a que los sirvan en el bar, entre ellos uno azul oscuro rayando la obsolescencia, que denota al viajante de comercio en tránsito.

Y el vaso de ella está vacío. Al cabo de unos minutos en los que ningún gesto significativo logró llamar la atención del camarero, ella atraviesa el salón para interpellarlo. Quiero otro *Ruso negro*, reclama dando saltitos alrededor del camarero, que hace todo lo posible para darle la espalda. Ya se lo llevo, concede con tono de extremo cansancio, y obedece más de quince minutos después.

El vaso la tiene algo ocupada. Lo envuelve con sus manos, estudia el reflejo de las lámparas de neón en el líquido, se lo lleva a los labios y observa de nuevo el vaso, el salón, el salón en el vidrio, después el vaso en el vidrio, el vidrio en el vaso, el salón en el vidrio del vaso, el salón el vidrio el vaso el vidrio el salón el vaso, será efecto de los cócteles, la mirada se estimula sola.

Cerrar los ojos. Se despiertan los dedos. Golpetean contra el borde de la mesa, pulgar, índice, medio, anular, meñique, y la inversa: izquierda, derecha, y las dos al mismo tiempo.

¿Está marcando el compás?

(Detectando una voz masculina a mano izquierda).

Y sin embargo, la música no está fuerte.

(Girar cautelosamente hacia el intruso).

Apenas se la oye.

(Bronceado marítimo, maxilares cuadrados, porte flexible y erguido. Excelente rendimiento en educación física).

Qué pena, me hubiera gustado bailar.

(Pero de dónde salió, los había fichado a todos en la vidriera).

Con usted, naturalmente.

(El viajante de comercio).

Usted se habría sacado la capucha, el anorak,

(Sí, es él).

y habríamos,

(Caminó en la sombra, esquivando las lámparas de neón),

habríamos,

(se acercó por un punto ciego).

bailado hasta el alba.

(Culpa de los *Rusos negros*, me nublan la vista).

Luego habría regresado al *Sirius*.

(Sacarse la capucha).

Lo habrá visto seguramente, hacemos escala en la punta de Florida.

(Pensar).

Soy comisario de abordó, me llamo Steven.

(Pensar más fuerte, concentrarse muchísimo).

Y usted es

Soy

Es

Soy Bérénice. Bérénice Beaurivage, sí, así me llamo. Y de repente le parece que hace demasiado calor en este bar lounge, se desabrocha el anorak.

A partir de ahí la mujer se limita a seguirle la corriente al comisario de abordó, que resulta estar muy a gusto con el ejercicio de la palabra solitaria. Maneja a la perfección las banalidades de circunstancias condimentadas con discretos halagos e informaciones estratégicas. Así es cómo ella se entera de que él es propietario de un monoambiente en la ciudad -mi puerto base, de alguna manera-, en el complejo lujoso que está sobre la rada de los navegantes aficionados.

A su buque, ya lo vi en otro lugar, interrumpe Bérénice.

Querida, imposible. Es nuestro crucero inaugural, los astilleros de Saint-Nazaire entregaron a *Sirius* el mes pasado.

Yo sé lo que digo, ya lo vi, reanuda ella mientras se acerca a la mesa con una ondulación del busto que deja ver sus senos firmemente contorneados.

Un *sister-ship*, Bérénice. Debe haber visto a su doble, no exactamente el mismo, ni del todo diferente.

No era otro, era este, segurísima.

Entonces, usted fue a Saint-Nazaire.

Ya no me acuerdo.

Sirius, desarrolla el comisario de abordó, una de las tres estrellas del Triángulo de Invierno, que desde nuestro punto de vista parece casi equilátero. Y prosigue Algunos leen los astros, yo leo las manos, y con ese pretexto toma las de la mujer.

Sus antebrazos dibujan arabescos al ritmo indefinido y lento del fondo sonoro, un tapiz de bajos no distinguibles. Espirales que se propagan por las muñecas y a lo largo de los dedos. Es mecánico, las manos se enlazan para guardar el calor, y por arriba se murmuran palabras inaudibles sin que nadie se preocupe por agregarles sentido. Tal vez ni siquiera sean palabras, sino simplemente sílabas para mover los labios, mostrar el extremo de los dientes y descubrirlos todos, porque hay muchas risas en ese intercambio sin lógica aparente pero con precisa comprensión mutua, hasta el punto de que el comisario de abordó termina por hacerse cargo de la cuenta que no dejaba de crecer a medida que aparecían en la mesa cócteles exorbitantes que se liquidaban enseguida. Deja un billete grande en la mesa. Nos vamos, anuncia tomando el brazo de Bérénice, quien solo atina a agarrar el anorak.

Qué extraña la piel del otro cuando vuelve a ser del otro, recostada en la sombra contra la suya y a medida que desaparecen los efectos de los *Rusos negros*. Un poco pesado también cuando una trata de liberarse. Serán al menos las cuatro de la mañana considerando el tiempo de espera, con la mirada clavada en el techo para no perturbar el sueño del comisario de abordó. No, las 2 y 36 en el despertador electrónico que está sobre la mesita de luz. El halo proyecta un cono de luz verde en el cuarto desordenado. Podría irme. Vestirme, salir en silencio de esta residencia del *quai* François-I^{er} y rumbear hacia el faro, en cinco minutos llegaría a mi casa. A mi casa, es un decir. Dentro de poco van a llegar los agentes judiciales, van a embargar todas mis cosas. Podría huir. Irme a otra ciudad costera, comenzar de nuevo, eso tendría que hacer. Son las 3 y 14.

Podría quedarme, desayunar, buen día señor, buen día señorita, cómo amaneció, y fue un placer conocerlo, ah ya se va de viaje, muy bien, muy bien. Podría podría podría.

A través del ventanal distingue los brazos del malecón, que protegen los barcos de recreo, mecidos por el chapoteo del agua oscura. Sigue con la mirada el contorno de los embarcaderos donde están amarradas las lanchas, los veleros, recorre el fino enrejado de los aparejos. A lo lejos se deslizan sombras, portacontenedores, buques de carga, ferris, formas negras sobre fondos negros que avanzan hacia la entrada del puerto. El horizonte palidece levemente y ella vislumbra el volumen de las nubes, el contorno de las naves que se va precisando en planos cada vez más cercanos, por fin puede leer los nombres.

Al salir de la cama en puntas de pie recupera su ropa, una media enrollada en los flecos de la alfombra, su buzo debajo de un sillón, un vestido de encaje en el bar americano. Se apoya en ese mueble para ponerse la segunda media, y roza al pasar la chaqueta del comisario de abordó, colgada del respaldo de una silla. Cierra los ojos mientras su mano se pierde en el bolsillo interior sobre la billetera, un estuche de cuero blando relleno: la había visto anoche cuando él pagó la cuenta. Con los párpados bien cerrados, hurga en el bolsillo grande del estuche, oye el dulce estremecimiento de los billetes de banco. Luego los acerca abriendo bien grandes los ojos: hay trescientos. Qué bien.

SAINT-NAZAIRE

(DICIEMBRE)

Para ir desde Le Havre hasta Saint-Nazaire: 300 kilómetros por aire, 25 centímetros en un mapa de escala 1:1.100.000, hay que pasar por París. Sí, resulta absolutamente necesario, efectivamente esto la obliga a un desvío de unos 250 kilómetros, pero no hay otra posibilidad por la vía férrea, y el pasaje de ida le saldrá 108 euros, 80 centavos; no, no hay nada más barato, o tendría que haberlo sacado con antelación, comprar un pasaje *Prem's*, o una tarifa *Loisirs*, adquirir una tarjeta *Week-end*, que le permite obtener hasta un cincuenta por ciento de descuento sobre el precio de su viaje, le doy el folleto, no hace falta que se ponga desagradable si no lo quiere, solo hago mi trabajo, señorita.

Son las 9:37 en esta estación costera, en el fin del mundo, una terminal inevitablemente. Al final de los rieles, grandes toperas hidráulicas impiden el avance de las locomotoras, inmovilizando los trenes entre las instalaciones portuarias al sur y los carruseles de la feria al norte, mandíbulas grises detenidas contra el fondo turbio del aire. Bajo el cartel de salidas, ella duda si tomar el de las 9:59 para París, balanceando todo el peso de su valijita. Después de su paso fugaz por el *quai* de Southampton, la valija contiene un pantalón de recambio, algunas camisetas, medias, ropa interior, y un estuche plastificado con productos de cuidado corporal (cepillo de pelo, de dientes, pasta gingival, crema hidratante multiuso).

Una mujer de metal anuncia la salida del tren, y ella gira precipitadamente hacia la ventanilla para comprar un pasaje. Pero el empleado del ferrocarril, que la reconoce fácilmente por los grandes mechones rubios que se salen de la capucha, no ve ninguna razón para mostrarse diligente con una cliente tan mal hablada. Entonces se toma todo su tiempo para teclear el destino en la computadora, imprime el pasaje con el cuidado que se suele tener para manipular instrumentos quirúrgicos o armas letales, y vuelve a contar lentamente el dinero que le entregó la señorita que tiembla de impaciencia del otro lado de la ventanilla. Ella se apodera por fin del pasaje y corre hacia el hall de salidas. La puerta del vagón se cierra de golpe inmediatamente después de que ella ha subido al estribo.

Es un tren con compartimentos. Ella elige un rincón tranquilo, frente a una adolescente doblemente hipnotizada por el desfile de imágenes en su pantalla y la avalancha de sonidos en sus auriculares, y observa las zonas industriales que acompañan invariablemente los trenes hacia la salida de las ciudades. Luego el paisaje se desliza hacia el verde, puntuado de vez en cuando por el entramado de una ruta, un grupo de vacas. A medida que se va acostumbrando al paisaje, su mente se dirige hacia el porvenir, que desde este punto de vista ya no presenta ninguna

aspereza aterradora, lo que resulta posible gracias a la inmaterialidad de los mundos transportados por el tren. Ella proyecta y se olvida, la memoria vuelve al punto cero.

El tren penetra bajo el techo de vidrio de Saint-Lazare poco después de las doce del mediodía. La señorita agarra su equipaje, cruza el vestíbulo junto con los demás pasajeros y toma la escalera mecánica, que los aspira hacia las profundidades de la estación. Llega al centro del polígono embaldosado de donde salen las líneas del metro. Porque no basta con hacer conexión en París, después hay que ir desde la *gare* de Saint-Lazare hasta la de Montparnasse. Los pasajeros aglutinados detrás de ella hacen contorsiones para estudiar su itinerario en el plano del metro, emiten unos ejem ejem para que ella les deje su lugar. ¿La puedo ayudar?, se impacienta una voz detrás de ella. Quiero ir a Montparnasse. Nada más fácil, contesta el señor irritado, toma la línea 13 y es directo. La 13, la celeste, precisa al observar que ese número no produce ninguna reacción en la mujer. Y efectivamente, la línea 13 la lleva en menos de quince minutos a Montparnasse, donde no es difícil seguir los carteles de líneas de larga distancia hacia las escaleras mecánicas -ascendentes ahora-, que conducen a los trenes hacia el Oeste.

Una hilera de tiendas se extiende perpendicularmente a las vías y, en sentido oblicuo, se han colocado unos bancos rudimentarios, armados con ocho listones paralelos al plano del suelo. Ella se hace un lugar entre dos señoras sentadas en uno de esos bancos, saca el pasaje del bolsillo y comprueba que quedan más de dos horas antes de la salida de su tren. Como pronto se aburre, recorre con la mirada los carteles ubicados alrededor del kiosco de diarios -princesas en llanto, cantantes a la deriva, políticos reconocibles por su falsa sonrisa-; luego, como la inmovilidad le congela los dedos de los pies, se mete por los pasillos de mercaderías.

Detrás de los paquetes de chicles y galletitas se esconde una magra sección de literatura. Ella acaricia los lomos con la punta de los dedos, apartando de entrada las novelas policiales y sentimentales, divisa algunos clásicos resucitados momentáneamente gracias a un programa escolar. Ahí, sin preocuparse por el protocolo, se codean princesas con duquesas, curas, obreros, miserables, por fin una Bérénice.

Un lindo nombre, Bérénice, realmente. Toma el libro, descubre en la contratapa el argumento de la obra de Jean Racine. Una mujer entre dos hombres, y aquel que ella prefiere, prefiere el poder antes que a ella, miren eso, yo sí que no tendría ese tipo de problemas. La tapa reproduce el retrato de una mujer con una larga cabellera color rubio veneciano, perdida en la contemplación de quién sabe qué. La señorita está por pagar, vuelve a contar su dinero mientras hace la fila, ¿será el momento adecuado para dejarse llevar por una compra superflua?, No creo, y llega su turno, entrega a *Bérénice* para que la desmagneticen, está a punto de pagar cuando cambia de opinión, No, no me lo voy a llevar, y sale apurada.

Enseguida se queda pensando que igual lo quiere. Describe un amplio semicírculo para volver al fondo de la tienda, se acerca subrepticamente a la caja, donde finge interesarse por unas revistas de informática que están expuestas cerca del mostrador, ve de lejos a *Bérénice* desmagnetizada en la repisa. En cuanto el vendedor se da vuelta, ella roba el libro y lo mete en el bolsillo de su anorak, y zas, en tres segundos está afuera. Anuncian su tren exactamente dieciséis minutos antes de la salida.

Saint-Nazaire no se descubre en virtud de una obra monumental que sustente el prestigio de la ciudad, como se ve en París o en las ciudades balnearias ilustres. Saint-Nazaire tiene una

modesta infraestructura ferroviaria, construida en la década de 1950 para reemplazar a las que, hasta la Segunda Guerra Mundial, llevaban a los pasajeros hasta los transatlánticos con destino a México. Hoy en día Saint-Nazaire sobrevive gracias a los restos de los astilleros y de las fábricas aeronáuticas. Si uno intenta imaginársela a partir de la información difundida por los noticieros, es una ciudad en bancarrota, poblada por estibadores musculosos, obreros portuarios interinos y jubilados, un paisaje de grúas y montacargas donde solo se oyen, sobre el ruido de las máquinas, el graznido de las gaviotas y el viento entre las redes de pesca.

Espectáculo desolador envuelto en una oscuridad propicia cuando ella toma la avenida que la lleva al centro. Se encuentra primero con algunos peatones sometidos a los caprichos urinarios de sus perros, agencias de trabajo temporario que enseguida instalan un cuadro conocido, luego un bar que disfruta de una clientela exclusivamente masculina. Las conversaciones mezclan una variedad de idiomas incomprensibles. Sin embargo, es fácil imaginar que van dirigidas hacia la joven mientras ella se abre paso entre los grupos que han salido a fumar, y luego vuelven a sus temas anteriores cuando el anorak desaparece en la noche.

Camina unos quinientos metros antes de encontrar un hotel. La escalera está provista de una alfombra estampada con flores descoloridas; el mostrador, de un timbre sin lustre. Aprieta el botón con un índice afirmativo, y suscita la aparición de un propietario tan exhausto como los objetos que lo rodean. Él informa un módico precio por dos noches en una habitación individual, ella paga y se queda dormida sin haberse sacado la ropa. Le quedan ciento treinta y cuatro euros en la billetera.

Al día siguiente, domingo, un sol color yema de huevo ilumina las paredes amarillentas. Además de la cama, entre esas paredes hay un armario de aglomerado, dos sillas del mismo material y la puerta corrediza del baño. La ventana da sobre una pastelería de gran tamaño, claramente próspera en esta localidad donde la falta de patrimonio y la escasez de actividades de ocio aumentan el aburrimiento de los fines de semana. La señorita sigue la flecha hasta la sala común, donde unas servilletas color salmón hacen frufrú esperando la llegada de posibles clientes, pide un té, Solo tomo té.

Por la mañana, cuando se tienen las ideas bien claras, es el momento de planificar el ataque. (Ella elige un pancito de la panera). Para hacer borrón y cuenta nueva, reconstruirlo todo desde los cimientos. (Unta el pequeño pan de manteca envuelto en papel dorado). Ejecutar el programa que contiene su nuevo nombre. (Cubre la tostada con una porción de mermelada). Transformarse por completo en la mujer que sugieren las seis sílabas. (Engulle el pancito). Una estrategia sencilla, en realidad, tanto más cuanto que ella tiene el perfil adecuado, concluye mientras se apodera de otro *croissant* para después, Hasta luego, señor; buen día, señorita.

En Saint-Nazaire, el mar no se descubre de inmediato. La joven circula entre los edificios bajos, contruidos en un plano ortogonal, olfatea el aire para calcular la dirección del mar, llega a una zona comercial. Las tiendas acatan la orden del descanso dominical, y ella se pasea entre las rejas que esconden montañas de cosas que de todas maneras no podría pagar, desemboca en una explanada cerrada por un bloque de hormigón.

Versión desmesurada de un búnker de la Segunda Guerra Mundial, el monolito presenta la arquitectura ciega de las construcciones que se suelen reservar para las pesadillas o la ciencia ficción, de manera que uno no acepta su realidad de buen grado. Obliga al peatón a detenerse en seco, y provoca en él la misma mezcla de atracción y pavor que todas las cosas muy grandes,

muy altas: un acantilado, un precipicio (una súper-post-panamax, dirá el Inspector).

Una abertura perforada en la fachada lleva al interior del búnker, que desde este punto de vista evoca más bien los atributos de una catedral: una oscuridad que inunda los volúmenes, las alturas bajo las bóvedas, el olor a caverna. En la otra punta, la estructura desemboca en una dársena al aire libre. Un buque de carga largo y negro desfila plácidamente hacia el puente de elevación, que se orienta hacia la vertical para devolverlo a alta mar. Una vez que este ha atravesado la esclusa, ella vuelve a la explanada y sube por la rampa de acceso al techo.

Acá la mirada sobrevuela todas las instalaciones portuarias para disfrutar de una vista panorámica sobre el río y el océano. Es una maraña de chapas, grúas pórtico, depósitos, faros, boyas, balizas, barcos también, entre ellos un transatlántico en construcción, erguido bajo el sol en un dique seco. Algunas siluetas se pasean por las crujías, obreros que transportan un soldador, otros un taladro, otros una lata de pintura. La señorita observa por un momento el barco que aún no tiene nombre, vuelve a la explanada y rodea el búnker. Después de pasar por los depósitos frigoríficos, la antigua fábrica elevadora, la esclusa fortificada, se detiene debajo del transatlántico.

El estrave se eleva a unos diez o doce metros encima de su cabeza, dispuesto a hender la marcha de las olas, pero a la señorita le interesa más bien el fondo del dique seco. El barco está colocado sobre una hilera de dominós, diminutos conos en comparación con la masa que sostienen, y el estrave termina en una importante protuberancia, un bulbo rojizo de diámetro majestuoso. Su mente se pierde en inevitables comparaciones cuando ve a lo lejos, en el primer puente, a dos obreros que la observan observando el espectáculo, dispuestos a formular, sin lugar a dudas, ese tipo de comparaciones.

Más allá del astillero se extiende una zona donde no crece nada, ni vegetación ni edificios. Solo persisten unos depósitos en medio de la nada, mientras a lo lejos el puente de Saint-Nazaire pasa por encima del río y forma un elegante arco. La señorita da tres pasos por el estrecho sendero que baliza ese territorio, termina por preguntarse qué hace allí, arroja una piedrita al río y divisa a unos metros una cabaña estilo chalet canadiense. Para su sorpresa, esta ostenta el cartel de Museo, o sea un establecimiento público donde es posible entrar a calentarse.

Una familia de dos adultos y dos niños se alborota frente a la caja. El miembro femenino del primer par está ocupado en pagar las cuatro entradas, los dos del segundo en arrancarse el pelo. Aprovechando esa distracción, ella se mete en la sala, donde, por suerte, nadie le pide ver la entrada.

La muestra comienza con los sempiternos restos del Neolítico -piedras supuestamente talladas en forma de puntas de flecha, unos fragmentos de cerámica, etcétera- y sigue bajo mejores auspicios con modelos en miniatura. Se han representado en sus más mínimos detalles los transatlánticos más famosos construidos en Saint-Nazaire. Desde la sala de las máquinas hasta la pasarela, la joven está en condiciones de seguir las trayectorias que recorren los pasajeros. Merodea en torno a las maquetas, abarcando con una sola mirada lo que hace un rato se le escapaba por completo bajo el estrave en construcción. Si no fuera por las vitrinas, algunos cordones de seguridad, alcanzaría también a tocarlas, y dominar al fin las cosas que suelen resistirse tan obstinadamente.

El resto de la muestra se ocupa de la industria aeronáutica, instalada en Saint-Nazaire para paliar los huecos en la producción de buques. A la señorita no le interesan en absoluto los aviones, de modo que se dirige hacia la salida cuando choca con un visitante solitario. Lo había

visto distraídamente un poco antes, una silueta casi por completo de espaldas, inclinada sobre una vitrina, un poco hacia la derecha en un *contrapposto* meditativo. Cuando intenta separarse, termina con la nariz en un cuello de camisa. Oh, disculpe. No, yo. Perdón, disculpe usted. Con tanta amabilidad, no terminan de resolverlo. Ella intenta hacia la izquierda, choca contra el hombre que bosqueja un movimiento en la misma dirección, luego a la derecha, y es el mismo cuento. Finalmente se endereza para dirigirle una de esas miradas de medusa cuyo secreto conoce, cuando se zambulle y se pierde en el rostro de él, que se ve en primerísimo plano, e inmediatamente renuncia al proyecto. A la ofuscación sucede una avalancha de emociones contradictorias. Se libera, sonrío un poco debajo de la capucha, la recuerda y se la quita, sacude el pelo, repite Perdón, lo siento, soy tan torpe y estoy sin anteojos, y sin los anteojos no veo nada.

No me pida disculpas, discúlpeme usted a mí discúlpeme a mí.

Ella querría seguir, pero no siempre se encuentra la palabra adecuada, la que transformaría el momento en un minuto histórico. En realidad, él también se queda callado, y el momento es demasiado breve para saber si él habría querido, si él, como ella, intentó decir algo y no pudo. Sin embargo, de acuerdo con su propio deseo, ella supone que a él le habría gustado proseguir. El consuelo es muy endeble. La señorita sale de la muestra muy contrariada.

Sobre la cama que la mucama ha tendido, hace un balance de la situación. Un rato antes pagó en la recepción por dos noches más, lo que deja sus recursos en sesenta y seis euros. Como su efectivo está disminuyendo, pronto tendrá que coleccionar los cupones de descuento en los supermercados, y la señorita no se imagina comiendo eternamente ravioles de lata, calentados apenas en el radiador del baño.

Cerca de la cama está tirado Jean Racine, lo abre al azar, se topa con Bérénice reprochándole a su amante que le regale una diadema en lugar de su presencia, se enoja, cierra el libro. Necesita ropa más elegante. Un abrigo, vestidos, zapatos, medias, collares, maquillaje, una cartera.

De modo que el lunes recorre el centro comercial para solucionar ese problema. Las tiendas de ropa en serie alternan con los locales de comida rápida que venden sándwiches -tradicionales, bálticos, hamburguesas, paninis, *hot-dogs*-, exhibiendo todos sus encantos en agresiva competencia, sugieren que son más bien ellos quienes están por devorar a los clientes.

En las tiendas, los maniqués sin rostro lucen telas fluidas que acompañan sus caderas desplazadas. A la señorita no le interesan los precios de los artículos. Su mirada se detiene en los sofisticados sistemas antirrobo y sube a lo largo de los maniqués que la provocan en la vidriera, porque siempre es lo mismo, en cuanto una estira la mano, le sacan el objeto, hay que pasar por la caja, contar, pagar, es inútil desear si una no dispone del monto requerido.

En efecto, ella podría buscar un trabajo, esperar frugalmente su primer sueldo y alquilar un monoambiente para empezar una nueva vida. Pero todo esto resulta demasiado lento, demasiado fastidioso, y ella tiene la sensación de haber recorrido miles de veces ese sendero que siempre la lleva al punto de partida.

Evidentemente la tienda H&M contiene todo lo que ella necesita: modelos de moda, accesorios, variedad de cosméticos. Las vendedoras pasan por las estanterías erigiendo pilas de pulóveres, dando volumen a los encajes de las blusas, manipulando perchas y etiquetas. Ella pasa por los detectores, toquetea las telas, las cajas de maquillaje. Todos esos artículos llevan alarmas muy bien pegadas, para no hablar de la mirada de las cámaras electrónicas colocadas en las esquinas, los espejos de vigilancia, el personal de seguridad acostumbrado a las maniobras de los

jóvenes sin dinero.

Sale de H&M. Da la vuelta al edificio, llega al depósito, con las puertas abiertas de par en par. Un repartidor acarrea unas cajas entre el local y una camioneta. Cuando él entra en la cabina del vehículo, ella se atreve a echar un ojo adentro. Un hombre vestido con un mameluco, el pelo engominado en forma recta sobre su frente baja, marca las partidas con un aspecto profundamente aburrido. Ella se ubica con insistencia en el marco de la puerta, y el empleado termina por levantar la mirada hacia su figura inmóvil.

¿Qué busca?, esta parte es privada, para entrar en la tienda tiene que dar la vuelta. Oh, perdón, dice la mujer mientras se quita la capucha, unos mechones caen alrededor de su rostro. Quería saber si por casualidad están tomando empleados.

Aaaah, se tranquiliza el otro. Por el momento, yo. Espere, no. Aunque podría ser. Habría que ver con. Pero acérquese, ¿qué es lo que sabe hacer?

Sé contar, contesta ella dando un paso adelante. Sé atender la caja, entregar el vuelto.

En ese caso,

(Ella agarra una caja)

si tiene experiencia,

(se sienta sobre la caja)

habría que analizar su postulación.

(baja el cierre del anorak).

La joven está sentada muy erguida, con las rodillas apretadas. Tan solo la nuca describe semicírculos que le permiten explorar el contenido del depósito. En los percheros cuelgan decenas de abrigos cortos, largos, de piel verdadera o falsa, de punto, de algodón, de terciopelo, pero también vestidos rectos, vestidos con volados, vestidos con guarniciones, en una infinidad de texturas que recorren la gama del pastel al eléctrico.

¿Usted es el responsable del inventario?

Sí, soy el jefe del depósito, contesta señalando el espacio con un gran gesto de propietario. Ella sonríe y él da un paso hacia ella, con las manos en las caderas de su mameluco, prosigue Eso me permite hacer regalos a mis amigos, si quiero.

Claro que podría solicitar un puesto. Volver al día siguiente con su currículum, tener una entrevista con el responsable de recursos humanos, dar exámenes para demostrar sus aptitudes, esperar hasta que se libere un puesto adecuado. El hombre está a unos centímetros y justamente habla de las competencias que se exigen para conseguir un trabajo en la tienda donde, con cierta flexibilidad, se puede hacer carrera rápidamente.

La señorita conoce todas las etapas de los procesos de contratación. En las entrevistas, suele explicar Soy autodidacta, aprendo muy rápido y me encantaría poner mi entusiasmo al servicio de su empresa. (Ella retira un bretel del mameluco). Con frecuencia tiene miedo de agregar, pero es invariablemente la respuesta que esperan los directores del personal, que manifiesta su voluntad de actuar correctamente y su gran capacidad de adaptación. (Ella desabrocha los botones metálicos que sujetan el mameluco a la altura de las caderas). Luego, resulta que la mandan a un gran almacén de alimentos, una tienda al por menor, a envolver productos o a manipular dinero que nunca llega a sus bolsillos porque al final de la jornada hay que cerrar la caja, y para ella es cuestión de honor presentar las sumas exactas hasta el más mínimo centavo. (Ella se apoya en el borde de la caja). Trabajó también en oficinas, frente a una computadora

donde había que registrar datos, averiguar datos, imprimir datos todo el día, almorzar con compañeros que tenían, en barrios suburbanos alejados, casas nuevas adquiridas gracias a créditos vertiginosos. (Ella cierra los ojos). Pero las oficinas no eran lo suyo, los rincones que dificultaban los gestos, los muebles a los que había que someterse sin chistar. (Ella hunde la nariz en la panza flácida). No recuerda cuándo dejó de trabajar ahí, solo recuerda el estupor, el aturdimiento provocado por esas jornadas pasadas delante de la pantalla, levantando la frente tan solo para consultar el reloj de pared en el que las agujas no querían avanzar, la esfera con grandes números en la que ella se perdía tras haber constatado que todavía quedaban tres horas, dos horas, una hora, un minuto, y que ese minuto sobraba.

En el depósito también un péndulo acompasa las horas. La aguja emite unos chasquidos, que solo se oyen en el local. Ella se concentra a la vez en esos chasquidos y en el movimiento de la manecilla fina que marca los segundos, hasta que en punto interviene la liberación. Se alza la mano que pesaba sobre su hombro y la muñeca adyacente muestra un reloj que indica las 11, Ya son las 11, tengo que ponerme a trabajar, toma, llévate lo que quieras y vuelve cuando gustes.

Una joven en plena posesión de sus facultades baja por la *avenue* de la Vera-Cruz. Debajo del abrigo de espiga lleva un vestido negro ajustado en la cintura y ensanchado hacia las rodillas, botitas de taco rojo vivo y una cartera que hace juego. Venidos desde la otra punta del mundo a bordo de un buque de contenedores, esos artículos tenían que formar parte de las ofertas en las rebajas de H&M. Pero como al final el destino se modifica, terminan sobre una joven más preocupada por su aspecto que por su comodidad, orgullosa de exhibir ese conjunto que, desde cierta distancia (o con ojos miopes), parece venir de las mejores tiendas.

En ese barrio alejado del centro quedan todavía algunas casonas balnearias. Los arquitectos del Segundo Imperio no se quedaron cortos, recargaron las fachadas con ornamentos de la Antigüedad, de la Edad Media, de estilo morisco o normando, apilaron estucos y esmaltes, pequeñas torres y columnas, y coronaron el conjunto con hastiales puntiagudos. La señorita observa cada casa atentamente, como si buscara dónde vivir. En la entrada, una placa indica su nombre, Doux Repos, Beau Séjour, Beau Rivage, y una gran sonrisa se dibuja en sus labios: evidentemente, esta sería perfecta.

La avenida desemboca en el Jardín Botánico, una exposición estrictamente ordenada de vegetales tal como se las practica en Francia desde el Antiguo Régimen. La señorita se deja llevar por el viento, el olor del agua, hasta la playa, donde solo hay un soldado de bronce que conmemora la victoria y saluda el atardecer. Al agacharse para sacar la arena infiltrada en sus botitas, divisa a lo lejos, de frente al estuario, un barco muy grande que por momentos le recuerda vagamente algo. Según el punto de vista, la imagen impresa en su retina se confunde más o menos con otra anterior, surgida de los recuerdos. Luego el barco ingresa en el río, ella piensa que fue un sueño.

Al llegar al borde de la playa, pasa por los dos espigones que rodean el antepuerto como la pinza de un cangrejo, atisba de nuevo el búnker, la dársena, el estuario. Cuando llega al estuario, el barco vuelve al dique del que salió esta mañana para hacer las primeras pruebas en el mar, y donde le van a dar ahora los últimos retoques. Un grupo de gente se ha reunido, impaciente por asistir a la maniobra; todos blanden sus cámaras de fotos hacia la pared gigante que avanza entre los muelles para incorporarse a tierra firme. Entonces, cerca de la pesada puerta que separa el dique del estuario, aparece una figura que reconoce, vestida con un conjunto que realza la

estatura atlética del modelo. Mientras finge buscar una mejor vista sobre el río, ella confirma que realmente es él, el hombre del museo cuyo cuello de camisa había visitado accidentalmente el otro día. Él también la recuerda, y al levantar la mirada del sistema que dirige la esclusa, le brinda a la joven una ferviente sonrisa de reconocimiento, Buenas noches, señorita, ¿cómo está hoy?

Está bien, está muy muy bien. Le encanta el espectáculo, se siente feliz de estar en Saint-Nazaire para verlo, porque ella no es de aquí, De hecho se nota, ¿no?, se ríe con elegancia, como lo sabe hacer, y señala sus botitas color bermellón.

Encantado de conocerla, dice él tendiéndole la mano derecha.

Bérénice. Bérénice Beaurivage, contesta ella haciendo lo mismo.

Estoy trabajando en el transatlántico.

Yo estoy trabajando en un libro. Un libro, sí, sí, soy novelista, escribo novelas. Policiales, no, y no, usted no conoce mi nombre, tengo un seudónimo, de momento llámeme Bérénice, que es un lindo nombre, tiene razón, use mi nombre falso y más tarde le digo el verdadero, no, quiero decir lo contrario obviamente.

Como no pasa gran cosa junto al barco, la joven y su escolta van hasta el centro de la ciudad lo más lentamente posible, aplazando la hora de despedirse. Así es como, yendo hacia el norte, ven por primera vez el Skipper, un restorán-bar de nivel aceptable justo cuando se hace la hora de tomar una copa.

Hábleme de usted, dice el hombre detrás de su chardonnay. Debe de ser apasionante inventar historias, ¿usted sigue un plan o confía en su imaginación?, yo no tengo, estudié Ingeniería, y siempre me intrigó, siempre quise saber, siempre me pregunté cómo se escribe una novela.

Oh. Es bastante simple. Y también. Muy complicado. Hay que. Se debe. Usar palabras. Usar la propia voz. Sí, la voz es la que lo hace todo. Con las palabras, obviamente. ¿Se entiende? Pero me estoy expresando mal, siempre es así, en casa de herrero, cuchillo de palo, y no hay receta, no, cada quien, cada uno tiene que moverse con sus palabras, con su voz. Y mientras dice esto acaricia la masa de pelo que le barre el hombro con su peso, el principio de su garganta, la curva de la mejilla.

Pero usted, por fin se atreve a preguntarle, ¿qué hace exactamente?

Soy inspector.

Inspector.

Inspector de buques. Vigilo, controlo, verifico. El diseño general, la adecuación de los materiales. Desde la concepción general hasta los más mínimos detalles, no se me escapa nada, es mi trabajo.

Los labios del Inspector bien podrían no emitir ningún sonido, tan solo ocupados en mostrar los dientes que tiene muy bien alineados, el maxilar inferior encajado al milímetro detrás del superior, los incisivos muy regulares y los caninos un poquito más afilados, preparando con agilidad la transición hacia los premolares. Bérénice no busca ir más lejos. Bérénice quiere que él la desee tanto como ella lo está deseando ahora mismo. Y de hecho, parece posible, ya que el Inspector se esmera en desplegar todo el abanico de sus talentos ante la joven a la que imagina - porque por mucho que diga lo contrario, también tiene esa facilidad supuestamente antinómica con su profesión- tan extraordinaria. Esto vale para todos los aspectos de la persona, empezando por la envoltura, Bérénice tiene un parecido con la actriz Arielle Dombasle tal como él la vio en

unos programas de televisión hace quince o veinte años, un parecido puramente plástico, porque la escritora aparenta mucho menos aplomo que la actriz.

Les gustaría volver a verse. ¿Mañana por la noche? Mañana por la noche. De momento, suben lentamente por la *avenue* du Général-de-Gaulle hacia el palacio municipal, están a punto de doblar en esa construcción masiva, construida en el más puro estilo del hormigón de posguerra, cuando una mujer alta que viene de frente casi choca con ellos.

¡Blandine, qué sorpresa!, dice el Inspector sin exagerar su entusiasmo. Bérénice, le presento a Blandine, ella es periodista y está escribiendo una nota sobre la construcción del transatlántico. La estoy ayudando en su investigación, en fin, nos vemos por trabajo, esporádicamente.

Blandine Lenoir, precisa la otra mientras extiende su larga mano blanca.

Bérénice tiene que levantar la vista para hacerse una idea del tipo de cara que no le habría gustado ver necesariamente cerca del Inspector. Un rostro dibujado con pincel de seda adornado con grandes ojos serenos, bajo el cabello corto, pelirrojo, y que corona un cuerpo esbelto, preciosamente envuelto en telas delicadas.

Bérénice Beaurivage, responde ella sin perder el aplomo. Luego se da vuelta hacia el Inspector, dice Tengo tantas cosas que hacer mañana, me voy a dormir.

¿Tan pronto?, se alarma él, al punto que una nube cruza la mirada de Blandine. Entonces ella observa más detenidamente a Bérénice, y no percibe exactamente lo que él ve. En realidad, hasta detecta lo contrario: la ilusión de la vestimenta, los retoques aproximados, el cuerpo incómodo en esa ropa, bordando una historia a la que no se adhiere. Y, al ver esa mirada detenida sobre la costura de su ropa, Bérénice siente que la otra la adivina, que, sin saber exactamente a qué atenerse, considera que la adversaria está a su alcance.

El Inspector la citó en la explanada del búnker y Bérénice calculó con esmero los siete minutos de retraso. Toman unos *Kalashnikov* en la Passerelle, luego en el VIP unos *Kamikaze*, o sea bastante vodka mezclado con otros alcoholes.

¿No me había dicho que usaba anteojos?, interroga el Inspector repantingado contra el bar con una sonrisa de felicidad. Claro que sí, el otro día en el museo, usted dijo No veo nada sin los anteojos. A mí me gustan mucho los anteojos, me encantaría verla con ellos puestos, no se los pondría, ¿por favor?

Se me rompieron, contesta Bérénice, indulgente, porque está un poco menos ebria.

¿Ya estuvo en el techo de la base submarina?, prosigue el Inspector sin lógica aparente.

¿Qué base?

La base submarina. El búnker. La construyeron los alemanes durante la Ocupación para resguardar los submarinos, ¿no lo sabía?, pero cómo puede no saberlo, es la principal atracción de esta ciudad.

Muy curiosa no soy.

Es una pena, concluye el Inspector mientras paga la cuenta, y la lleva hacia la explanada, el búnker, la rampa de acceso al techo.

De noche, la terraza ofrece una vista sobre toda la superficie plateada del dique, alumbrada por puntos luminosos en las instalaciones más altas y cerrada al sur por la sombra del barco. Bérénice contempla por un momento este paisaje y camina alrededor del reloj solar fijado en la losa, con el Inspector siguiéndole los pasos. Se oyen voces desde la explanada, se van precisando

a medida que un grupito de chicos y chicas salidos de algún bar suben ahora por la rampa. Le voy a mostrar el cuarto donde se hacen estallar las bombas, declara el Inspector y toma a Bérénice de la mano.

Ubicado a la izquierda del techo, este espacio se compone de centenas de vigas de hormigón cruzadas perpendicularmente que forman un laberinto de ángulos rectos. Desde la entrada, la perspectiva parece multiplicarse al infinito, como en dos espejos colocados frente a frente. Las paredes se continúan con otras que se ven desde la abertura enfrentada a la que ellos han atravesado, y también desde los laterales. Una especie de delirio arquitectónico, una mente obsesionada por la simetría parecería haber guiado el concepto del lugar.

Bérénice da un paso en el laberinto. La luna se filtra en varias partes y deja ver la oxidación en las paredes, las rebabas verdes o marrones que dibujan picos, bocas, patas, visiones rupestres producidas por la acción del aire sobre la estructura armada. En la oscuridad, la silueta del Inspector proyecta sobre el suelo una mancha todavía más espesa. La joven se da vuelta un momento y constata que el grupo que alcanzó la cima de la rampa está ocupado del otro lado del techo, y ella desaparece en la oscuridad de la habitación.

El Inspector la imita.

Con la punta del pie aleja los restos esparcidos por el suelo, botellas, cápsulas, latas, escombros, disminuye la velocidad hasta quedar inmóvil, acelera cuando él la alcanza. El aliento del Inspector corre los mechoncitos en su cuello: ella se ató el resto, lo ató luego soltó y ató el pelo veinte veces desde que estaban en la Passerelle, fue hace tres horas, ciento ochenta minutos, o sea el tiempo necesario para organizar el encontronazo.

Lo que ocurre después no es sorprendente, es en realidad la reorganización de movimientos conocidos, y su fuerza no tiene nada que ver con la novedad, sino con la calidad de ejecución. Una mano agarra una nuca que pretende huir, resiste buscando la mejor forma de someterse. Espera una presión más insistente que la arrastraría hacia atrás, a través del pelo donde la mano se pierde y tirona las raíces. Pero la mano vacila y Bérénice se aleja. Pasa frente a la entrada, tira una piedrita al techo. El movimiento de la piedra llama la atención de los jóvenes, que se dan vuelta hacia el origen del ruido. Al ver dos sombras que se mueven, ensayan un Buenas noches, y Bérénice los saluda con la mano antes de volver a la habitación.

El Inspector está del otro lado de la abertura. Se observan desde sendos puestos, de cada lado del rectángulo de luz que ilumina sus pies, sus rodillas, sus muslos. Luego los torsos se pierden en la oscuridad, y de los rostros solo queda el blanco de los ojos, la mirada de Bérénice clavada sobre la del Inspector.

Se quita el abrigo de un movimiento de hombros y este cae a tierra, apoya la punta del pie derecho contra el talón izquierdo para sacarse una botita, recurre al mismo proceder para expulsar la segunda. Arroja sus medias entre los escombros, pasa de nuevo los dedos por debajo del vestido, por debajo del triángulo de encaje, que toma el mismo camino, de arriba hacia abajo y luego se ahoga en la oscuridad del cuarto. El cierre del vestido crepita a lo largo de sus vértebras. Deja al descubierto sus hombros, con la punta de los dedos alisa los breteles dentados que se hunden hacia sus pechos. El Inspector atraviesa el cuadro de luz.

Atrapada por los codos, Bérénice cae con todo su peso contra la pared. Los picos de la superficie desigual le arañan la espalda mientras vuela el vestido en un aleteo y le cubre la cara. Con un gesto preciso, el Inspector se desabrocha el cinturón y se pone en marcha. El vestido cae lentamente alrededor de la cintura de Bérénice, y revela la cabeza, que sigue sin dar órdenes al

resto del cuerpo. El Inspector avanza, provoca un choque leve y una inspiración seguida de una exhalación más breve.

Los podrían oír. En el hueco de su respiración perciben voces que se contestan en la terraza. Se acercan unos pasos, empujan la gravilla del otro lado del muro, como si estuvieran por explorar su escondite. Pero ellos no renuncian a la maniobra, todo lo contrario, aceleran el procedimiento. Se detienen los pasos a la entrada del cuarto, donde se enmarca una silueta en el rectángulo de luz, que duda en entrar. Una voz dice Vamos, no pasa nada, hay gente ahí adentro, los vimos hace un rato. Bérénice contiene un sonido. Otra voz responde Justamente, tengo dudas, y el Inspector se hunde más, como para camuflar la maniobra. Las voces titubean por un minuto y luego renuncian, los pasos parecen alejarse de mala gana. Ella pone un pie sobre la tierra, un grito indescifrable se le escapa de los labios mientras el Inspector alcanza el objetivo y, tras un último temblor, se la lleva con él al suelo.

Pongamos que usted tiene unos treinta años. Hace más o menos trescientas mil horas que está aprendiendo a conocerse, incluido el tiempo de sueño, que ofrece tanta información sobre quien duerme como los momentos de vigilia. Así que usted tiene alguna idea acerca de usted misma, basada en una práctica cotidiana, costumbres, una manera de experimentar las emociones, entonces no es que usted se sienta bien con su psique -solo las revistas de salas de espera aspiran a semejantes cumbres-, sino que se siente como en casa dentro de su cráneo. Y resulta que ahora tiene que cambiar de lugar. Salir de su más íntima guarida para fijar el domicilio en otro lugar, en la cabeza de Bérénice Beaurivage, de quien usted no sabe nada salvo que en la pantalla parecía una mujer que valdría la pena encarnar, con una vida fácil, un amante seductor, mucho dinero.

Para su círculo cercano, no hay duda: usted es la escritora Beaurivage que vive en ese puerto del fin del mundo donde espera encontrar inspiración. Obviamente ese círculo solo se compone de personas que conoció hace poco, semejante transformación es imposible si se conserva el círculo de siempre: compañeros, vecinos, familia, garantes de su identidad habitual, que se ofenderían de verla adoptar otra tan brutalmente. El nuevo círculo sabe de usted dos o tres cosas que usted le contó, y se contenta con imaginar el resto de modo que el conjunto resulte un cuadro ventajoso para usted y, de rebote, también para él.

En los primeros días, el Inspector está en las nubes. No se cansa de explorar día y noche cada milímetro de la novelista, descubriendo constantemente nuevos detalles que lo tienen fascinado, y es fácil recibir sus halagos con una sonrisa modesta, y alimentar así con poco costo la ilusión de la escritora Beaurivage. Bérénice dejó su hotel para alojarse en el del Inspector, un establecimiento de la mejor categoría, donde ocupa una habitación de clase ejecutiva. Un día, mientras ella desfila desnuda bajo su camisa delante de la ventana, él no puede evitar comentar Es impresionante lo parecida que eres a esa actriz, Arielle Dombasle, seguro que te lo dijeron.

Puede ser, contesta ella distraídamente.

Estoy casi seguro, prosigue él, de haberla visto hace tiempo en una película de Éric Rohmer, pero no recuerdo bien qué título tenía.

No soy mucho de ir al cine, interrumpe ella, y se encierra en la ducha.

Del otro lado de la puerta él vuelve a la carga, Sí, espera, transcurría junto al mar, se la veía mucho en traje de baño, era artista, algo por el estilo, sí, me acuerdo, era *Pauline en la playa*.

Ella sale de la ducha.

Obviamente, eres demasiado joven para haberla visto en el cine, insiste él volviendo al cuarto

donde ella se acomoda la ropa -un vestido color malva con un cinto blanco ajustado, zapatos *stiletto* con tiras-, eres demasiado joven pero podrías haberla visto por televisión. De hecho, yo pensaría que Éric Rohmer es un cineasta para novelistas, concluye con una risa un poco tonta, porque siente que se está alejando de su ámbito de competencia.

No me acuerdo, dice Bérénice, lista para salir, nunca tuve buena memoria.

Por supuesto que hay diferencias, contemporiza el Inspector temiendo que ella se haya ofendido. No pareces duquesa como ella, pero tu pelo, la forma de tu rostro son parecidos. Y en el carácter, nada que ver. Tú eres mucho más discreta. Eso también es lo que me gusta de ti, reconoce con cierta incomodidad, que no hables tanto; Blandine me cae bien, pero hay que reconocer que esa es una de sus características. Entonces Bérénice sonríe francamente, roza los labios del Inspector y sale de la habitación con el pretexto de ir a trabajar.

Entonces, al principio no hay muchas preguntas, y ella sale perfectamente del paso gracias a algunas banalidades expresadas con convicción. Blandine es la única que busca pelea. Cuando se encuentran con la periodista en un café, un restorán, por mucho que Bérénice intente cortar la conversación, la otra siempre tiene mil preguntas para hacerle. Ella quiere saber cuántos libros publicó la novelista, sobre qué temas y dónde se pueden comprar, hasta el punto de que a veces el Inspector tiene que intervenir para decir Bueno, Blandine, qué curiosa eres, Bérénice nos develará su seudónimo cuando ella quiera.

Y sin embargo, en su fuero interno, ella se da cuenta de que él se controla para no hacer las mismas preguntas. Ella tiene que eludir constantemente las respuestas que él busca conseguir indirectamente, por ejemplo cuando exclama Mira, tengo ganas de leer una novela, vayamos a la librería, me podrás aconsejar, y ella se esfuerza en buscar una estratagema, frunciendo sus lindas cejas contesta Oh, dudo de que tengan mucho para elegir en Saint-Nazaire, estamos fuera de capital, y estoy tan harta de los libros, mejor ven a acostarte. Luego desfila frente a él en un camisoncito ajustado y vaporoso, y él se acerca sin chistar. A la mañana siguiente, debajo de la colcha a rayas color frambuesa de la cama *queen-size*, ella sigue enredada entre las sábanas cuando él sale para el astillero murmurando Suerte con el trabajo, a lo que ella contesta invariablemente Sí, tengo tanto que hacer hoy, trataré de no llegar tarde a cenar.

Ella siempre llega tarde a cenar. Después de salir de la *queen-size*, vuelve a la *avenue* de la Vera-Cruz, soñando tan fuerte con la vida que podría llevar en una de esas mansiones que a veces cree en serio ser su propietaria. Luego se mueve por las zonas cercanas y cada día se aleja un poco más del centro, donde, a raíz de algunos pequeños robos que cometió poco después de llegar, teme que los comerciantes la reconozcan. Explora los arrabales, los bares, donde revisa los bolsillos de los clientes, las tiendas de ropa periféricas que liquidan las existencias sin tomarse el trabajo de amarrarlas a las alarmas antirrobo. De vez en cuando no tiene más remedio que visitar el depósito de H&M para conseguir ciertos artículos, llega después de las entregas y hace lo necesario para obtener lo que necesita.

A la tardecita vuelve al hotel, donde empieza a pensar en la noche, y esos preparativos la tienen ocupada durante varias horas, ya que el baño tiene una bañera angular con hidromasaje. Arropada en toallas esponjosas, dispone varios conjuntos sobre la colcha y también se recuesta. En medio del revoltijo de las telas que se deshacen a cada movimiento suyo, termina de relajarse pensando en el programa de la noche, después de volver al hotel con el Inspector, y las sensaciones que despiertan esas imágenes la suelen obligar a satisfacerse por sí misma en ese instante.

El fin de semana augura dos días a solas. De lunes a viernes fantasea con esa perspectiva y, cuando llega el momento, ya no sabe cómo comportarse, pues la situación exige hablar cuanto pueda diciendo lo menos posible. En la pantalla, la novelista Beaurivage siempre tenía alguna opinión para compartir, gorjeando sobre miles de temas diversos, y su seguridad a prueba de todo la propulsaba invariablemente hacia el centro de las conversaciones. Esa es la elocuencia de la que carece cuando el Inspector, desnudo hasta la cintura, declara Por fin dos días para nosotros, vamos a poder charlar y yo quiero saber todo de ti.

Y sin embargo, ella se armó una escenografía que podría retrasar la investigación. En la consola, al lado del televisor, está expuesto el material de oficina: lápices, borradores, rotuladores, cuaderno con tapa brillante cerrado con un elástico, cuyo lugar modifica a diario para aumentar el interés del espectador. Mientras masajea el muslo apoyado sobre el suyo, el Inspector admira los objetos que se le presentan a la vista, pero inmediatamente estos le sugieren relaciones y termina preguntando Pero, ¿no te molesta trabajar sin los anteojos? Doblando ese muslo, ella improvisa Es que, más que nada es cuestión de comodidad, me las arreglo perfectamente sin ellos. Pero el Inspector insiste, como si de repente necesitara una prueba de la existencia de sus anteojos y dice, Muéstramelos, soy hábil con las manos, a lo mejor los puedo arreglar. Entonces ella cambia el tono. Pero no ves que no encuentro nada entre todas mis cosas, se irrita con una circunvolución negligente de la muñeca, y señala la cantidad de ropa que desborda del ropero, cubre los sillones, las sillas, la alfombra, sin que la mucama pueda hacer nada para remediar este desorden.

¿Y la computadora?, pregunta él tras dos minutos de silencio en los que el muslo se ha recostado sobre su cintura, ¿no tienes computadora, aunque sea para consultar tu correo?

Ella ya ha pensado en ese problema. Cuando una lluvia demasiado fuerte la obliga a pasar el día frente al televisor, mira programas en los que participan escritores. Se ha dado cuenta de que existen dos tipos de escritores: los de la gran ciudad, donde trabajan con máquinas portátiles en la efervescencia de los cafés, de los bulevares, y los del campo, que privilegian más bien el método tradicional. Entonces dice, Mira, a mí me tienen cansada los cafés, los bulevares, igual que el teléfono y la computadora, decidí trabajar sin ellos. Y su planta del pie trepa por la pierna de él, escalando hacia el interior, el meollo del asunto. Muy pronto abandonan la literatura y pasan dos horas antes de que vayan a la playa.

Caminan bajo las nubes deshilachadas en largas estelas rosas y azules, en un invierno atlántico suave. A veces toman el auto del Inspector para una excursión hacia pueblos con fama de atractivos, La Baule, Le Croisic y, en el camino, se detienen en locales gastronómicos llenos de estrellas y múltiples trofeos. Ella simula apreciar las ostras porque supone que la novelista Beaurivage, en una casa junto al mar, no habría dudado en pedir las para llevar. Y cuando se enreda con los tamaños y las denominaciones anexas *-fine de claire, spéciale de claire o spéciale pousse en claire-*, el Inspector, experto, vuelve a tomar el control antes de que el *maître* decida dar un curso de repaso.

A veces, lo intenta de verdad. Para las caminatas que la alejan cada vez más del centro, se lleva el cuaderno. Piensa Por qué no, al final, hasta ahora tuve trabajos muy variados, bastó que entendiera una vez lo que había que hacer y enseguida lo reproduje perfectamente. Cuando su caminata la lleva a esas zonas donde termina la ciudad, pero donde por el momento solo crece gravilla, se sienta en un guardacantón y saca del bolsillo su cuaderno de notas. Mira las líneas

paralelas como si tuvieran el secreto de la historia que está por llegar, pasa las páginas lentamente, esperando tal vez una solución que, escrita con tinta invisible, se le aparezca en el margen de una hoja escondida, entre los hilos de la encuadernación.

Una tarde, mientras traza círculos en el aire, se encuentra con la periodista Blandine Lenoir. Las dos mujeres se ven de lejos en cada extremo del terreno donde se guardan las balizas fuera de servicio, con su base redonda adornada con orejitas de gato apuntando hacia el cielo.

Lo que ambas tienen en común en ese momento es que ni una ni la otra se alegran realmente de ese encuentro. Pero no tienen tiempo de desviar la mirada y disimular, una hipótesis finalmente poco verosímil en ese campo raso.

Ese día, garúa sobre las capuchas, y la periodista vuelve del astillero y se dirige apurada hacia el centro de la ciudad. Bérénice piensa rápidamente No debería quedarme acá, es campo minado, hay riesgo de ataques imprevisibles, cuando la otra se planta frente a ella y dice Querida, excelente sorpresa.

Bérénice arma una expresión seráfica en sus labios. Dice Ah sí, un gusto verla, y hurgando en sus ojos muy claros, intenta adivinar en la mirada fría de la periodista si debe preocuparse por el pasado o por el futuro.

Bérénice, ¿segura de que se siente bien?, parece un poco perdida, pregunta Blandine como si esperara desestabilizarla.

No, en absoluto, al contrario, afirma demasiado rápido Bérénice, quien efectivamente tiene la sensación de perder el control.

El Inspector habla mucho de usted, prosigue la periodista, a lo que la otra no sabe qué contestar obviamente.

Pronuncia algunas palabras inconclusas, buscando la manera de evadirse, pero Blandine no la deja pasar; de repente se siente chiquita.

Al Inspector, prosigue la periodista como si enunciara una amenaza imprecisa, hace mucho que lo conozco. Le cuenta todo, murmura Bérénice, cuyas fuerzas disminuyen rápidamente. Sí, sé exactamente cómo piensa y, con su forma de destacar las sílabas, Bérénice entiende que está esperando su hora.

Pero a lo mejor se equivocó. A lo mejor hace tiempo que le llegó la hora a Blandine, a lo mejor ya solo puede observar el terreno de operaciones y diseminar acá y allá algunas bombas sin potencia. Sin embargo de repente siente mucho miedo, como si la periodista fuera capaz de descubrir cosas de las que ella misma no tenía idea, como si pudiera revelar a todos la impostura o peor, el monstruo que dormía en Bérénice detrás de la ausencia de recuerdos.

Finalmente ella interrumpe la conversación diciendo Me tengo que ir, me está esperando, y se da cuenta de que esa excusa la llevaría hacia el centro de la ciudad, en la misma dirección que Blandine, y que por lo tanto tendrían que recorrer juntas todo el camino hasta el barrio de los hoteles. Así, la rubia bajita y la pelirroja alta apuran el paso juntas bajo la lluvia, cruzan el puente giratorio, pasan cerca de los silos de la fábrica agroalimentaria, el flanco ciego de la base submarina, y Bérénice se reprocha constantemente lo poco que ha dicho, imaginando respuestas que, en su lugar, la escritora Beaurivage encontraría fácilmente en esa película en la que en todo momento hacía gala del dominio de la situación.

El Inspector no había vuelto al hotel. Ella lo esperó en el borde de la *queen-size* sin ni siquiera sacarse el anorak, con la cabeza entre las manos escuchando el detonante de la duda. Pasaron una o dos horas hasta que ella oyó el chasquido de la puerta accionada en la zona del

pasillo por una tarjeta magnética. Ella levantó la mirada. Él dijo Qué te pasa, dios mío, estuviste llorando. Entonces ella se sintió obligada a mentir.

Si supieras las cosas horribles que me dijo, no quiero volver a verla nunca más.

¿Quién? ¿Qué cosas?, preguntó el Inspector, que no entendía nada de su discurso.

Ella, Blandine, dijo Bérénice sorbiéndose los mocos con tono de evidencia. Me la encontré en el campo de las balizas, intentó contar cosas sobre ti, historias viejas, yo no quería escucharla pero ella no paraba de hablar, yo me tapaba los oídos y ella seguía con detalles, fechas, hechos, no, no te puedo seguir contando, espera, me voy a calmar, ya está, voy a tomar un baño y podremos salir a cenar.

No volvieron a hablar del tema. Es posible que el Inspector, cuando vio a la periodista, le haya hecho preguntas. Quién sabe lo que ella le habrá contestado. Lo seguro es que tras ese episodio de las balizas, y a pesar de todo lo que hizo Bérénice para intentar borrar hasta la última huella, él no volvió a mirarla de la misma manera.

Como todo lo demás, al principio no se nota, bajo el mar de cosas que hay por descubrir, luego la repetición siembra la duda y pronto la sospecha. Bérénice evita el tema de los libros, el tema de los anteojos, simula que le gustan ciertos alimentos pero luego, cuando se los traen, se diría que nunca los ha probado. Bérénice jamás menciona una ciudad o una persona, parece no tener ningún pasado.

En el fondo, a Bérénice no le interesa nada, todo la aburre y las conversaciones que empiezan con entusiasmo pronto chocan con un muro de silencio. De modo que inevitablemente el Inspector termina por cansarse.

Un sábado, están sentados en un restorán que ofrece una vista panorámica sobre las nubes, contemplando los platos que les acaban de servir con mucha gesticulación hotelera. El Inspector pincha un ostión, lo mantiene por unos segundos a la altura de los labios, mientras observa esa materia blanda y resbaladiza. Luego mira a la joven sentada frente a él y, dibujando en el aire unas formas extrañas con la punta del tenedor, pregunta ¿Me vas a incluir en tu novela?

Ella comprende de inmediato que él ya no se lo cree. También comprende que desde hace tres semanas a él le parece que ya está, ya ha visto suficiente de esa joven mujer muy encantadora por fuera, mientras no se la mire más de cerca, pero cuyo barniz no resulta ser de primera calidad. Sobre todo, ella comprende que antes de ella había otra y que, después de ella, habrá una sucesora. No lo dice, tal vez tampoco lo piense todavía, pero cuando una vez más él tiende la mano hacia la cuenta que han dejado discretamente junto a su manga y, una vez más, ella no esboza gesto alguno hacia su cartera, Bérénice adivina que tiene los días contados.

Sí, señorita, ahora es mejor andar sumamente atenta, o la mirada del Inspector se orientará muy pronto hacia el horizonte. Y el horizonte oculta muchas mujeres posibles, tal vez menos bellas que Bérénice, pero también un poco más seguras, un poco menos mentirosas. Entonces volarán la billetera y todas las otras cualidades del Inspector, su brazo, su hombro, y el resto por contigüidad: es algo humano, de tanto frecuentar el cuerpo, una se encariña con la persona completa. Humano, pero no unánime. Es decir, también a veces la familiaridad lleva al desapego.

Y efectivamente, días más tarde, al salir de la *queen-size* después de un rápido avance de la novelista en la tarea de deshojar la margarita, el Inspector anuncia Sabes, no me voy a quedar acá por mucho tiempo. Mientras ella se desenreda el cabello de la almohada, esperando explicaciones más precisas, él prosigue Ya te lo había dicho -precisamente porque nunca le dijo

nada-, ya te lo había dicho, *Sirius* sale de los astilleros en seis semanas, y ya no tengo razones para quedarme en Saint-Nazaire.

Sirius.

Sí, finalmente le pusieron ese nombre. Yo habría preferido Alpha Canis Majoris, su nombre científico, la primera estrella de la constelación del Can Mayor, pero se hacía complicado, porque Sirius también forma parte del Triángulo de Invierno. En fin, ya no tengo nada que hacer acá y tengo una nueva tarea en Marsella.

En Marsella, repite ella para ganar tiempo.

En Marsella, confirma él con intención similar.

Se produce un largo silencio durante el cual cada uno espera a que el otro diga algo. En la mente de ella se establecen conexiones, Saint-Nazaire, puerto, Marsella, libro, y antes de haber podido respirar dice Yo también tengo que ir a Marsella.

No era que tenías que quedarte acá para trabajar en tu novela.

Y no, cambié de idea. No me sirve este ambiente, necesito la multitud, el ajetreo de las ciudades, ya te lo expliqué la vez pasada -precisamente porque nunca le dijo nada-, te lo expliqué la vez pasada. Y el otro día, me di cuenta de que acá no avanzaba, dudaba entre Marsella y, no sé, Lyon, Burdeos, pero Marsella es mejor opción, y ya que vas, te podría acompañar, sí, excelente idea, preparo el equipaje y podemos salir el lunes o el martes, como quieras.

MARSELLA

(PRINCIPIOS DE ENERO)

Después de algunos débiles contraargumentos, metódicamente desarmados, ocho días más tarde cenan en el Puerto Viejo. La gente pasea a lo largo del muelle en grupos apretados, se detiene para comentar el menú de los restaurantes, el contenido de los platos que se sirven en las terrazas delimitadas por ligustros en maceteros, y luego, en voz alta, hacen comparaciones subjetivas e inapelables. Pero el Inspector y la joven no prestan ninguna atención a la banda sonora del Puerto Viejo. Solo escuchan el ruido de los cubiertos que cortan las sepias en los platos, tristes cefalópodos que sobreviven entre unos tomates pelados.

Para ir de Saint-Nazaire a Marsella: 740 kilómetros de vuelo, 65 centímetros en un mapa de ruta de escala 1:1.100.000, había que pasar por París. Sí, era absolutamente necesario, eso los obligaba a un desvío de alrededor de 400 kilómetros, pero no había otra forma en ferrocarril. Sabiendo que tendrían que arrastrar las valijas y que eran muchas y llenas de ropa, además del atuendo profesional del Inspector, optaron por el automóvil. Opción que suponía pasar cerca de las ciudades de Nantes, Angers, Bourges, Clermond-Ferrand, y nada trascendente hasta Montpellier, donde se dirigieron hacia el este, una última vez. Los paisajes sobreimpresionaron gradualmente la película de sus recuerdos con una masa de autopistas, campos amarillos o verdes puntuados de edificios notables: iglesias, catedrales, castillos fortificados, torres de agua de concepción parabolohiperbolóidico, comentó el Inspector entre Saint-Flour y Saint-Chély-d'Apcher.

Llegaron a Marsella hacia las 22, después de sufrir debates interminables en cada bifurcación, y más generalmente en torno a las nociones de derecha e izquierda, que no siempre representan la misma dirección para todos, incluso yendo en el mismo sentido. Como ella tenía el mapa en las manos, él se dio el gusto de ironizar sobre sus facilidades para la anticipación, como si ella tuviera que prever cada señal de tráfico, salida, vía, o hasta el porvenir entero. En cuanto a la derecha y la izquierda, ella no insistió demasiado, consideró preferible triunfar en silencio.

Las sepias son excelentes, pero se acompañan con el desagrado de tener que cortarlas. Hay que abrir su vientre rubio, plantar el cuchillo entre sus grandes ojos preocupados. Ella jamás había probado esos conmovedores pulpitos, que no se parecen a los calamares de goma que se sirven fritos en los comedores de las empresas. Frente a ella, la mirada del Inspector, a la deriva, se mueve desde el interior de la sala hacia su teléfono, apoyado en el mantel, y de nuevo hacia la

puerta del baño.

Desde que llegaron a Marsella, él fue cada mañana al recinto del Gran Puerto marítimo. El primer día ella insistió en acompañarlo. El Inspector estacionó frente al portón, presentó la credencial al guardia con chaleco fluorescente que estaba fuera de la cabina. El guardia examinó el documento con atención, y declaró Perfecto, pero la señorita no puede pasar. Ella explicó con amable sonrisa, reclinándose sobre del Inspector, Soy su compañera y soy escritora, estoy investigando, le prometo no molestar a nadie, y el guardia repitió Está prohibido sin autorización, hay que pedirla tres semanas antes presentando razones válidas, y no creo que las tuyas lo sean realmente. Te lo dije, suspiró el Inspector, que estaba por dar marcha atrás para llevarla de nuevo al hotel.

Bérénice se rebeló. Dijo Perdón, vine hasta acá para documentarme, le pido por favor que llame al responsable, y el guardia y el Inspector se aliaron contra ella arguyendo la reglamentación portuaria, muy estricta en cuanto a seguridad. De todas maneras, no había nada interesante para turistas y si realmente quería saber lo que había en los contenedores alineados en los terraplenes como interminables Legos rojos y azules, no tenía más que ir al centro comercial más cercano, sugirió el guardia a modo de despedida.

Ella casi se puso a llorar. A través de su cabello, observaba al Inspector con la esperanza de que él se dejara enternecer y, al ver que eso no ocurría, se arregló un poco, Perfecto, me voy. No quiso que él la llevara al centro, se encontró sola al borde de la autopista. Pasó encima de la barrera de seguridad, trepó el terraplén, se acercó al alambrado que recortaba en forma de rombos la vista sobre los muelles, las grandes T turquesas de los pórticos y el mar incoloro bajo el sol de la mañana. Durante un tiempo infinito, pasó cerca de esas rejas buscando un pasaje, un agujero cavado por un conejo entre dos estacas, pero el sector estaba herméticamente cuidado. Veía de tanto en tanto el perfil o el culo de un ferri, el puente lleno de contenedores de una grúa súper-post-panamax -tal vez precisamente la que el Inspector venía a controlar, como se lo había informado al llegar a la zona-, y entendió que hoy se le prohibía todo lo que ayer conseguía sin tener que pedirlo.

El hotel estaba en el barrio de la Joliette, entre el Puerto Viejo y el nuevo, un perímetro erizado de grúas donde radiantes edificios esperaban comprador. Fuera de las máquinas de servicio las calles estaban vacías bajo el cielo claro y ella volvió a subir a su cuarto del séptimo, sin cruzarse con nadie. Habría podido aprovechar el día -darle un toque de color a su cutis pálido, conseguir una guía de la ciudad, aprender un montón de datos para exhibirlos durante la cena-, pero para qué, si en el cuarto detrás de la terraza, donde los naranjos plantados en maceteros tenían unas frutas tan grandes que las tuvo que palpar para confirmar que eran de verdad, en ese cuarto hacía mucho calor.

Empezó a esperar que esto pasara. Que pase qué cosa, habría preguntado el Inspector, hombre preciso. Ella habría contestado Que pase *esto*. Que pase qué, habría repetido el Inspector. No habrían terminado nunca. Mejor que esa conversación no se haya producido, que quede en el fondo de su cabeza, donde apenas había lugar para que ella misma se hiciera preguntas y elaborara respuestas.

Cuando volvió del Gran Puerto marítimo, él le preguntó sin creérselo mucho, tal vez solo por decir algo, si hoy había avanzado, y para su sorpresa ella contestó que Sí, señalando el cuaderno ubicado cerca del televisor, que efectivamente parecía más gastado. El cuaderno estaba más hinchado, tenía manchas de tinta en el canto, lo que significaba un día de furiosa escritura.

Obviamente, el Inspector no podía leer ese cuaderno, solo podía contemplarlo, y obviamente se moría de ganas de abrirlo. Pero Bérénice jamás se alejaba mucho de la habitación. Para descubrir lo que había adentro, el Inspector habría tenido que levantarse de noche después de asegurarse de que la joven dormía profundamente, llevarlo al pasillo y examinarlo bajo el velador, solo, de pie y ridículo. El Inspector estaba demasiado cansado para emprender semejante plan. A su lado, Bérénice navegaba entre visiones de una especie de sueño, volvía a abrir los ojos bajo el techo y se dejaba mecer por el ronquido de la ventilación mecánica, único sonido disponible en ese cuarto perfectamente insonorizado.

En la mesa del restorán, el teléfono emite un sonido. Ese teléfono emite sonidos día y noche. Toda clase de sonidos. Cortos, largos, agudos, graves, el Inspector programó un timbre distinto para cada mensaje y Bérénice renunció a exasperarse cada vez que el aparato interrumpe un momento, un paisaje.

¿O había que hacer lo contrario, pensaba ella arrancando los tentáculos retraídos de una sepia, había que preocuparse, justamente? Cuando decidió acompañar al Inspector, Marsella tenía múltiples ventajas: ciudad y vida nuevas, alejamiento de la periodista Blandine Lenoir. Pero esta última bien podría aprovechar su partida para obrar en secreto, y quién sabe lo que se tramaba del otro lado del teléfono, si la periodista no acompañaba sus mensajes profesionales con notitas bien escritas para infundir la duda y luego extraditar a Bérénice fuera de la vida del Inspector. Obviamente ella no podía leer los mensajes grabados en ese teléfono, y obviamente ella tenía muchas ganas de abrirlos. Pero el Inspector nunca se separaba del dispositivo. Para acceder a lo que contenía, habría tenido que levantarse de noche, llevarlo al pasillo y examinarlo bajo el velador, sola, de pie y ridícula. Bérénice temía demasiado lo que podía descubrir para emprender semejante plan.

Por más que revuelva la salsa, nada flota entre los cubitos de carne pelada. Del otro lado de las jarras, el Inspector no ha tocado su plato, sumergido en la lectura del texto que desfila en su pantalla.

Algo resuena a la altura del plexo. Querría subir a la altura del esófago hasta la garganta, saltar en las cuerdas vocales y salir fuera de los labios. Las palabras retumbarían entre las paredes de vidrio que encierran las mesas y gracias a ellas el Inspector recordaría cuál es su sitio, obligado a pedir disculpas, Perdón, mi amor, no se hace, apago el teléfono y soy todo tuyo. Eso es lo que habría que hacer, atreverse a hablar, protestar, decir, y Sí, te paso la panera, pero cómo me gustaría plantarte el tenedor en la cintura para que te despabilas, para recordarte que estoy acá, yo, Bérénice Beaurivage, ¿y qué más puedo hacer para llamarte la atención?

El Inspector engulle las sepias frías y desliza la mano en el bolsillo de su chaqueta para sacar la billetera, con la mirada todavía en la pantalla del celular.

Parece interesante, suelta al fin ella señalando el celular con un movimiento de mandíbula, leve impulso que enseguida le da miedo por ser demasiado brutal, y lo contrarresta con una penosa sonrisa. Él mira hacia adelante, o sea hacia el interior del restorán, y esa confirmación franca de su transparencia suscita en ella un pequeñísimo movimiento de rebeldía, entonces agrega Hace un buen rato que solo miras el celular, y me aburro. El Inspector le concede una mirada con esos círculos opacos donde el iris apenas se diferencia de la pupila y contra los que ella choca pero, como si retroceder ahora fuera perder la batalla, resiste hasta que él baja la vista hacia las manchas de color rojo vivo esparcidas en el mantel y murmura Lo siento, es trabajo, un artículo que me acaban de mandar. ¿Quién?, se atreve ella, animada por ese extraño *acaban*,

porque se creen astutos con el impersonal, se imaginan saltarse el problema hábilmente, cuando en realidad eso solo aviva la duda hasta que se enciende la chispa y se inflama.

Blandine, reconoce con tono cansado, Blandine me mandó el artículo, está muy bien escrito.

Extraordinaria Blandine, ironiza ella cruzando manifiestamente los cubiertos sobre el plato. Realmente fuera de lo común. De hecho, me pregunto por qué no vino con nosotros. Se habría sentado atrás en el auto, no nos habría molestado, entonces por qué habernos privado de alguien tan excepcional, competente y siempre dispuesto a hacerte un favor, es más, la tendrías que llamar, sí, llámala, seguro que le encantaría tomar el primer tren para venir, ya que te acosa constantemente con sus mensajes. Le vamos a hacer un lugarcito, pondremos una cama plegable al pie de la *queen-size*, vamos, llama a tu Blandine para que terminemos con esto.

No entiendo, realmente, no veo por qué tú.

Pero no, no ves. No ves porque no hay nada para ver. Ya sabes que es mi imaginación, deformación profesional, al final la imaginación es mi oficio, yo invento, exagero, y mientras lees tu teléfono, finges trabajar cuando en realidad te estás mensajeando con Blandine, pero entonces explícame por qué quisiste que yo viniera a Marsella.

Perdón, me parece que tú.

Qué. ¿Qué te parece?

Que reescribes un poco la historia. No soy quien.

Tú quien qué. ¿Quien me trajo hasta acá? ¿Entonces, quién?

Sí, fuiste tú quien me dijo, recuerdo perfectamente, ¿cómo lo puedes negar? Fue hace apenas ocho días, me dijiste que al final preferías venir a Marsella, que el ambiente sería más propicio.

No me parece.

Ah, qué fácil. No te parece. Genial. Dices lo que te resulta cómodo y después ah sí, ah no, no recuerdo.

Pero eres tú. Afirmarías cualquier cosa, encontrarías cualquier excusa para liberarte de mí, para ahuyentar fuera de tu vista el estorbo que soy.

Mira, Bérénice. Creo que habría que. Pensar en. Considerar.

Será el pensamiento demasiado elaborado, la frecuencia demasiado baja o demasiado alta la que le impide percibir los sonidos, Bérénice ya no oye nada. Se da vuelta hacia los objetos, descifra las palabras que aparecen bajo su mirada, el letrero del restorán (“bar restorán del Viejo Puerto, servicio continuo 12 a 22”), la marca de la cerveza en el borde del cenicero de plástico verde (“Loburg”), los consejos de cata en la parte trasera de la botella de chardonnay (“servir entre 13 y 15 grados, para el aperitivo, para acompañar pescado o frutos de mar, carnes blancas”). Cuando levanta de nuevo la mirada hacia el Inspector, este parece más tranquilo, como exhausto después de un esfuerzo violento, ella atraviesa cada uno de los niveles para alcanzar la superficie de la conversación.

Muda como una raya. Pareces una muerta. Llevo cinco minutos hablando solo, mientras estás no sé dónde, pensando en no sé qué, ya no se puede, entonces te voy a decir lo que vamos a hacer: una pausa.

Una pausa. Usa unas palabras a veces, locuciones de marciano.

Exactamente, una pausa. Nos damos un tiempo para pensarlo, y nos vemos en unos días para hacer un balance.

Un balance, una pausa, ¿pero de qué me estás hablando? No vamos a hacer ni balance ni

pausa porque tengo frío, es hora de volver, me cansé.

Parece que no escuchaste lo que te dije recién.

Parece que dices cualquier cosa, entonces para qué escucharte.

No me estás escuchando, sino esperando a que yo saque tranquilamente la tarjeta de crédito y te lleve al hotel. Pero, Bérénice, estás equivocada. Así vamos a proceder: vas a volver sola, y yo voy a alquilar otro departamento, por qué esa cara, te pago la habitación, te puedes quedar tres días más si quieres, y luego decidimos.

No necesito tu dinero.

Perfecto, en ese caso pagarás tú.

Puedes hasta agregar Ya era hora.

No fue lo que dije, Bérénice.

Pero lo puedes decir y hasta proclamarlo a los cuatro vientos. Entendí perfectamente que lo de la pausa, en el fondo, es una cuestión de dinero. Ya no quieres pagar. Pero lo hubieras dicho antes, porque yo, dinero, tengo un montón, busca tú mismo, y de hecho saca una cantidad de billetes arrugados, de cinco, de diez, de veinte, de cincuenta. Los tira sobre el mantel entre las manchas de tomate, las migas de pan, y rápidamente él dice ¡Para, Bérénice!, ¡basta!, nos están mirando, guarda tus billetes y no, por favor, no llores, vámonos, ven a respirar aire fresco, seguro te hace bien caminar.

Él no volvió al cuarto del séptimo piso. A pesar de los subterfugios que usó ella en el camino de regreso, pasando por el muelle del Viejo Puerto donde los edificios cuadrangulares señalaban seguramente una zona construida después de la Segunda Guerra Mundial, caminando bajo el cohete amarillo del fuerte de Saint-Jean, luego los flancos policromados de la catedral Santa María la Mayor, a pesar de esos subterfugios que la llevaron a fingir que se sentía mal, que él tendría dificultades para encontrar un hotel a esa hora, en fin que podrían perfectamente, el uno y el otro, hacer un balance cada uno en su lado de la *queen-size*, a pesar de esos subterfugios, él la dejó plantada en la *place* de la Joliette, temiendo seguramente un escándalo delante del recepcionista.

Se le pasó por la cabeza seguirlo. No le costaría mucho, en esa parte desierta de la ciudad, rozando los edificios vacíos, las fachadas altaneras de estilo Haussmann o las manzanas nuevas, también desocupadas. Así conseguiría su nueva dirección, esperaría la oportunidad de engañarlo para que otra vez la dejara compartir la habitación, el auto y el resto. Pero mientras ella se decidía, se le habían enraizado los pies en la vereda, y el Inspector había desaparecido.

Subió a la habitación, intentó dormir fijando su respiración en la de la ventilación mecánica. No funcionó. Abrió la ventana porque hacía demasiado calor y la volvió a cerrar por el motivo opuesto, encendió el televisor para apagarlo enseguida. Se plantó frente al lavabo, se quitó el camión para ver si el espectáculo de su desnudez la tranquilizaba un poco. Bajo las lámparas que enmarcaban el espejo, le pareció haber envejecido mucho. Llegaron el alba, la mañana, luego la tarde. Bajó a la recepción. El empleado le dijo que era demasiado tarde para arreglar la habitación, pero que el señor del otro día había pasado a pagar dos noches más. Ella preguntó si había dejado una dirección donde ubicarlo, a lo que la respuesta, previsible, fue negativa.

En la *place* de la Joliette, la bruma envolvía la silueta de un ferri de la Société Nationale Corse Méditerranée. Tomó la vía rectilínea que se abre hacia el este en la espina dorsal de la

Mayor, osamenta calcárea con rayas de esmeralda, que se bifurca en una callecita empinada. En este barrio vive una población mixta, con familias numerosas norafricanas mezcladas con otras, nucleares, de jóvenes bohemios con más dinero. Más abajo, reaparecía la ciudad ortogonal de posguerra, una alternancia de edificios y placitas donde algunos chicos con la mirada perdida vendían hierbas ilícitas. Subió por el muelle del Viejo Puerto, divisó en el intersticio entre dos edificios una forma de búnker. Unas vallas altas rodean la estructura y detrás de las chapas sube una nube de polvo amarillo, levantado por la acción combinada de varios taladros. Al observar la obra más de cerca, descubre que están rehabilitando un shopping construido en la década de 1970, una suerte de sepulcro ciego acolchado con amianto. Y sin embargo, por acá vegetan los vagabundos, o sea los sintecho. Como es usual, no resultan muy acogedores con una mujer sola bajo su capucha. Rápidamente le piden dinero, quieren los billetes arrugados que tiene en los bolsillos, Vamos, rubia, afloja o ya verás lo que te pasa. Se apura, poniendo en práctica la técnica que se puede aplicar a esa clase de individuos.

Fingir ser sorda, no huir de quien la transforma en presa. Recordar que una es Bérénice, sí, Bérénice Beaurivage, y que no hay nada que temer de esos hombres que andan en otra esfera que no se comunica con la suya, la calle, entonces se quita la capucha y endereza los hombros con orgullo.

Mala idea. Una mano le agarra un mechón y la arrastra hacia el antiguo edificio de Correos, donde nadie se arriesga a entrar, excepto los sintecho. Resistir al dolor es igual al resto, cuestión de ejercicio, la capacidad abstracta de la situación para alcanzar una dimensión paralela. Está a punto de someterse, pero se rebela. De un solo golpe se libera de la mano que hurga en el cierre de su anorak, toma impulso y sale corriendo, sigue las vías del tranvía a contramano hasta la zona en obras y se detiene frente a la catedral.

Entra en la catedral. Atraviesa el nártex, en la nave dobla hacia el lateral norte, observando las filas de sillas ocupadas por unas señoras mayores y piadosas. A sus pies, el mosaico despliega una alfombra de estrellas. Bajan los párpados, los ojos miran hacia el interior, intentado aprender cómo tienen que comportarse, si tienen que avanzar, dar marcha atrás, desaparecer, pero no se le presenta ninguna solución, el tiempo se ha detenido de golpe bajo la cúpula de la catedral. Obliga a sus pies a avanzar un metro. Exhala, inspira, suspira, jadea, tiene hipo, ahora hay que sentarse, déjenla pasar, pero no hay nadie alrededor, choca contra una pila, se agarra del respaldo de una silla sin devota y se deja caer sobre la esterilla.

Las señoras duermen en el cuello de sus chaquetas, hay cuchicheos acompasados por percusiones esporádicas cuando unos tacones repercuten en el piso. Se deja mecer por el eco de los sonidos, el calor abstracto que sale de los volúmenes de la nave. Más tarde llega un cura con una idea muy precisa sobre los próximos pasos, que quiere dirigir a su manera. Las señoras se amuchan en torno a él, empiezan a salmodiar cantos confusos con tonalidades erráticas, y sube hacia la cúpula un halo de voces contrarias.

Detrás del ábside, una galería en forma de U lleva al lateral sur, según el camino giratorio propio de las iglesias. A la derecha se abren las capillas, consagradas a personalidades religiosas de las que ignora todo, desde el nombre hasta la trayectoria. Se detiene en una de ellas, dedicada a una figura femenina con grandes velos. La santa contempla desde arriba, con la cabeza ligeramente inclinada hacia la derecha. ¿Qué? ¿Qué pasa? Esa cara de compasión, No la soporto, ¡ay! No la soporto, pero qué se cree esta, yo no tengo por qué recibir clases de una mujer de madera, de una baratija a merced del primer temblor, de la primera revolución que llegue. Y,

cuando ya se siente mejor después de esa conversación, sale de la catedral bajo el pórtico azul constelado de oro, falso cielo que duplica al verdadero, iluminado también a esa hora.

Unas máquinas excavadoras estacionan al pie del fuerte Saint-Jean, detenidas en plena maniobra antes de retomar las obras al día siguiente. Ella se sienta en los escalones que llevan al sendero, recoge unos escombros que tira al charco donde se zambullen algunas máquinas, luego, como uno de ellos rebota por casualidad, estudia con más atención las piedritas. Las hay de toda clase, blancas, grises, lilas, color ladrillo, verdes, chatas, ovoides, torcidas, rugosas, pulidas, calcáreas blandas, granitos impenetrables. Decide clasificarlas, arma montículos, hace pilas, las deshace, las vuelve a hacer, arma nuevamente las pilas. Coloca las piedritas en líneas frente a ella, las observa un rato antes de tirarlas al agua, donde desaparecen en una ráfaga de chapoteos.

Y llevando la mirada hacia el horizonte, la encandila un gran resplandor sobre las olas. Erguida sobre el agua calma, una superficie centelleante y blanca refleja con violencia el último sol. Ella toma el camino de ronda al pie del fuerte, un paso estrecho entre el flanco de la torre y las balas de cañón enfrentadas al dique, camina hasta el extremo. Se asoma por un agujero en la tapia y descubre un espectro en el mar, pero la superficie resbala debajo de las suelas, mojada por el agua grasienta de las obras y, sin que le dé tiempo a entender lo que pasa, se cae. Grita apenas una primera vez, una segunda de forma más estridente, antes de caerse hacia atrás contra la escollera.

Un espeso líquido le entibia la parte trasera del cráneo. En el dique van apareciendo rostros, tres o cuatro siluetas que gesticulan por la abertura de la tapia. Recostada contra las balas de cañón, mira hacia el horizonte, primero siente que el sol en el agua la encieguece, luego, después de un tiempo de adaptación, distingue en pleno centro de su campo visual una nave blanca inmensa. Desfila perpendicularmente a la rada, de manera que logra leer el nombre, al frente de los cientos de ojos de buey que sin dejar de pestañear barren con la mirada la costa taciturna, su nombre pintado en caracteres azules en el estrave, el de la primera estrella del Can Mayor. Así como apareció, desaparece el crucero hacia el poniente, y en el centro de su campo visual ya no hay nada.

Quisieron llamar a una ambulancia. Por encima de la tapia, sus miembros superiores, sus torsos se contorsionaban, blandían teléfonos pero no parecían llegar a ningún resultado, sin saber si tenían que llamar al 15, al 17 o al 18. Los números la sacaron de su sopor. Levantó la cabeza de las rocas, se palpó el occipucio, se miró la mano empapada con una terrible cantidad de líquido rojo. Arriba había cada vez más movimiento, y ella metió la mano en el mar, donde la sangre se derramó en largos regueros color violeta, luego se levantó diciendo Estoy bien, todo bien, no se preocupen.

Un joven se atrevió a pasar por la abertura de la tapia. Mientras tanto, otro lo sostenía de la mano izquierda, avanzó cautelosamente sobre las balas de cañón para tenderle la derecha, que ella agarró. Se puso de pie, estaba un poco mareada, se dejó remolcar hasta el dique donde otras manos la ayudaron a estabilizarse. Le toqueteaban el hombro, le recogían el pelo para examinar el horroroso espectáculo en la parte de atrás de la cabeza. Protestó No es nada, ya me pasó, la cabeza suele sangrar mucho. Alguien insistió, Pero sí, tendría que ir al hospital para que le den unos puntos, pero ella se negó, No, esto ya se está secando y me siento muy bien, lo que demostró dando unos pasos en el dique. Estuvieron de acuerdo en que parecía estar bien. Igual alguien emitió la hipótesis de un traumatismo craneano, y ella le dirigió su mirada de medusa

diciendo Ya está bien. Entonces el primer muchacho propuso Al menos la vamos a acompañar a su casa, y ella dijo Bueno.

Se recogió el pelo ensangrentado bajo la capucha y siguió del brazo al muchacho, que solo preguntó dónde vivía. Por ahí, señaló con un gesto vago. Pasaron por barrios que ella apenas reconocía. Como tenía una idea confusa del trayecto, tuvieron que dar medias vueltas o vueltas enteras. En el Puerto Viejo, él propuso entrar a un bar para tomar un coñac o algo, según él, ella necesitaba algo que la fortaleciera, pero ella no quiso demorarse. Pasaron por placitas, arcadas, subieron por la *rue* de la République, una arteria de estilo Haussmann donde de cada lado de las cómodas calzadas se extendían unas amplias veredas plantadas con elegantes semáforos y, al pie de los edificios, esas marcas internacionales que igualan todos los lugares haciendo que no parezcan de ninguna parte. Así seguía la calle hasta la plaza que corona el cerro y se transformaba en la otra ladera. A partir de la cima, menguaba la luz y las vidrieras desaparecían detrás de los telones de acero, de las puertas condenadas. Solo quedaban algunos resplandores, testigos de algunos pocos fantasmas en los pisos. Observaron callados ese movimiento de las ciudades que tiende a ahuyentar a la población para atraer a los inversionistas, los barrios que se desocupan inútilmente mientras ellos no llegan y mientras los promotores no logran la multiplicación tan deseable de comercios superfluos que despachan hiperteléfonos, cafés de cápsulas a precio de diamantes y supermercados orgánicos.

Al llegar a la *place* de la Joliette, ella empezó a ubicarse, y frente al hotel dijo Ya llegué. El muchacho volvió en dirección del cerro y las luces, ella subió a la habitación del séptimo, donde se quedó dormida. Al día siguiente, cuando el Inspector llegó a la recepción para llevarla a cenar, ella ya no lo esperaba realmente.

Sin molestarse en pensarlo mucho, la llevó a un bar de comida árabe. Los faláfels habían estado pudriéndose todo el día en las cajas de metal tapizadas de lechuga arrugada, los tomates no tenían gusto a nada, solo la cebolla tenía algún sabor. Cortó una lámina de pan pita remojada en una salsa de color blanco, se la llevó a la boca y la masticó durante un buen rato, con la mirada perdida en la nada. Si él la hubiera dejado opinar, ella habría preferido no irse del hotel, pero a él sus preferencias le daban igual: cuando ella dijo No tengo mucho apetito, él contestó Kebab.

¿No tienes nada para decirme?, preguntó él después de liquidar la mitad de la porción de papas fritas. Y como ella levantaba la mirada por encima del sándwich sin entender, él retomó el hilo, Te busqué en la web, Bérénice, no existes.

Ella dejó el sándwich en la fórmica de la mesa.

Hace rato que tenía dudas, prosiguió él. Ya en Saint-Nazaire, Blandine me había aconsejado que desconfiara. Fui a una librería donde te describí, pero mi descripción no evocaba ningún nombre de novelista a los vendedores a los que consulté. Decidí creerte, pensando Estamos en el interior, no conocen a todos, y a lo mejor Blandine no es del todo neutral. Y llegamos acá, te volviste insoportable, como el otro día en el Gran Puerto marítimo, cuando armaste un escándalo para que te dejaran pasar; entendí que una profesional jamás se portaría de esa manera y me dio vergüenza, sí, sinceramente, de tenerte al lado. Después de eso, tomé distancia con el primer pretexto y aproveché para investigar. Me arrepentí de no haberlo pensado antes: bastaba con ingresar tu nombre en el buscador para entender que no había ninguna Bérénice Beaurivage. O sí, en el cine, en una película de 1993. Eres el personaje de una comedia dramática que se filmó

hace más de veinte años y sigues siendo joven, incluso pareces más joven, porque es cierto que tienes un parecido con esa actriz. No, no finjas asfixiarte con el sándwich, no te vas a escapar tan fácilmente. ¿Te cuento cómo sigue? Cuando ya estaba seguro de que mentías, fui a tu hotel. El recepcionista me confirmó que habías salido y le di un billete para que me dejara entrar en tu habitación. Quería leer tu cuaderno, Bérénice -porque al no tener mejor opción, sigamos llamándote así-, y no me decepcioné. No me decepcioné, pero me preocupé un poco. ¿Tal vez me puedas explicar lo que significan esos jeroglíficos? Parecen, no sé, una especie de escritura china o de sánscrito. ¿Inventaste tu propio alfabeto? O garabateas cualquier cosa, llenas renglones con círculos y puntos como tejen algunas mujeres, ¿para ocuparte las manos? También imaginé que no tendrías ninguna respuesta para eso. Bérénice, ya me cansé. No sé lo que buscas, si es dinero o si me quieres perjudicar, sea lo que fuere, tu plan fracasó.

Entonces ella se asfixia realmente. Su caja torácica se convulsiona, le brotan lágrimas en los ojos hinchados y el Inspector no se mueve un centímetro, observa sin decir palabra, como si temiera una enésima táctica para tenderle una trampa, sacarle dinero otra vez, y como el gerente del kebab teme un accidente fatal en el local, llega corriendo para ayudar a la bella clienta, darle unos buenos sopapos entre los omóplatos hasta que termine por desembuchar.

El Inspector, que ha permanecido impassible durante esa operación, no se atreve a retomar su discurso enseguida. Solo deja unas monedas en el pequeño envase sobre el aparador, y arrastra a la joven, que apenas lo puede acompañar, atenta en seguir el hilo de las ranuras en la vereda.

Dice No te vas a quedar acá, ¿verdad? Seguro que tienes familia, amigos en algún lugar. También le propone comprar su pasaje de vuelta: si saliera ahora, alcanzaría a tomar el tren de las 12:44 en Saint-Charles, hacer conexión en Nantes a las 19:33 y llegar a Saint-Nazaire para la cena. Debajo de las sábanas, la forma no bosqueja ningún movimiento.

En el fondo, prosigue él, me pregunto por qué me sigo preocupando por ti. Dios sabe que no tengo nada que reprocharme en este asunto, creo que ya hice mucho incluso: en todo caso, mucho más que la mayoría de la gente en mi lugar. Pero no te puedes quedar mil años en esta habitación. Ya pagué la cuenta y todavía hay un montón de cosas tuyas por todos lados, mira, te armo la valija, ya solo falta que te lleve a la estación, ya vas a ver, todo va a ser mejor en cuanto salga el tren, la gente suele pensar que no se puede hacer nada sin el otro, pero cuando uno se libera, todo anda sobre ruedas.

Debajo de la sábana, la forma no se expresa mucho más. Obviamente, él podría llamar a la recepción, a la policía, a los bomberos, pero tampoco está convencido de que en el fondo esto no sea su culpa. Teme que se burlen de él, que lo ridiculicen o que lo acusen, Vamos, señor, díganos lo que le hizo a esta joven para dejarla en semejante estado o se viene con nosotros a la comisaría. Seguro, es exactamente lo que dirían, entonces quema sus últimos cartuchos, arriesgándose mucho, pero no ve otra manera de poder llegar a su casa para cenar, entonces dice Bueno, si quieres, te llevo a París.

Esta propuesta no tiene efecto. Entendiste, grita luego, te dije que te llevaba conmigo, pero para eso igual tienes que salir de la cama, entonces es muy fácil: o bien te levantas y vienes conmigo, o bien te dejo acá y ya verás que no dudan en sacarte a patadas.

La forma se despliega. Un dedo del pie sale al aire libre, luego una larga tibia blanca, un muslo, las caderas y el pecho igualmente desnudos. La mujer se pone lentamente de pie, unos bucles se enredan alrededor de sus hombros, da un paso hacia la silla donde flota el vestido que

llevaba ayer. Pero en vez de apartarse para abrirle el paso, el Inspector se pone en su camino y la empuja contra la *queen-size*.

Bastaría con decir No. Simplemente No, ese morfema que ella suele usar con mucha más facilidad que su contrario, No, señor, acá no, quítese de mi camino, déjeme pasar. Tampoco dice que Sí, no dice nada. Y tampoco mira al techo, como suelen decir que hacen las mujeres en estos casos. Observa la cabina de la ducha, vidrio opaco donde caen gotas que enseguida son absorbidas por la alfombra de baño. Un sacudón la trae de nuevo a la situación presente, en la que a él le gustaría que ella participara para acostumbrarse a ella o quejarse, protestar o al menos dar su opinión, y como ella sigue con la mirada fija en la ducha, él se calla.

Pronto la cinta de la calzada captó toda la atención del Inspector. Dejaron atrás los carteles que indican Vitrolles, Avignon, Montélimar, Valence, y las ciudades de sur a norte fueron tragadas progresivamente por la ruta. A medida que avanzaban, la atmósfera parecía volverse más espesa, como si se cargara de partículas que diluyeran su color original en un baño amarronado. A pesar de su indiferencia hacia las órdenes de los carteles electrónicos que lo instaban a hacer una pausa cada dos horas, el Inspector se detuvo cerca de Lyon, se desvió bruscamente a la derecha para ir a un área de descanso. La joven dudó en seguirlo en la estación de servicio, era evidente que él se preocupaba tan poco por ella como por sus valijas en el baúl. Ella terminó bajando del auto justo antes de que él -que se dirigía a la tienda sin mirar hacia atrás- accionara el control para cerrar las puertas. Mientras él comía algo en la cafetería, ella recorrió los pasillos atestados de productos exorbitantes, luego caminó en torno a las máquinas expendedoras, esperando la señal de partida. Él volvió a cruzar el pasillo central velozmente, tal vez con la esperanza de dejarla plantada en la estación de servicio. Sea como fuere, ella ya estaba sentada en el asiento de atrás cuando él volvió a encender el motor.

Él tenía el aspecto de un hombre que acababa de tomar una decisión. Sí, señorita, tenía todo planeado: después de entrar en París por la puerta de Orléans, se detendría frente a la estación de metro que lleva el mismo nombre, sacaría del baúl los bolsos, las valijas, y tras una despedida breve, ella desaparecería en el subterráneo que va a Montparnasse, donde podría tomar el tren directo a Saint Nazaire. Si ella le venía con cuentos, iría hasta la estación y se acabó el cuento: la dejaría plantada sin remordimiento alguno porque ya había hecho bastante, en todo caso, más de lo que hace la mayoría de la gente en su lugar. Él ni siquiera la miraría en el espejo retrovisor al alejarse en ese auto alquilado que había pagado desde el principio, así como todos los hoteles y todos los restaurantes, sin haberle sugerido nunca a ella que contribuyera, no, ni siquiera le dedicaría una mirada a su figura en el retrovisor al librarse del problema en la puerta de Orléans.

PARÍS

(ENERO-FEBRERO)

El departamento está en el último piso de un edificio moderno ubicado en *impasse* de Tanger, en el distrito 19.º. Como el resto de la arquitectura, la distribución del interior resulta bastante aséptica, funcional, sin ninguna marca particular. Actualmente viven dos personas en ese lugar, aunque el contrato estipule la presencia de una sola. El alquiler mensual es de 2200 euros. Con esos datos, la estadística inferiría que en el departamento vive una pareja, hétero u homosexual, que goza de unos ingresos muy superiores al promedio. O, si paga uno solo de los inquilinos, que el que paga dispone de un presupuesto que lo clasifica fácilmente en la categoría de los privilegiados.

Solo tengo lo que merezco, profirió el Inspector. Luego me lanzó discretamente una mirada y entendí que ese comentario era en realidad un reproche. Yo, encantada habría propuesto pagar mi parte, pero no tenía la menor idea de cómo conseguir 1100 euros cada mes. Por lo tanto, me hago lo más pequeña posible. Espero, observo las paredes, el lugar de los tomacorrientes, el polvo que se va amontonando en los zócalos, porque aunque la empleada pase tres veces por semana, la carga de trabajo es mayor desde que somos dos en el departamento.

Llegamos y al otro día hurgué en los placares, el armario, la cómoda de la pieza cuyo último cajón fue el único en resistirme. Tuve mucho cuidado en no mover nada de lugar. Si se iniciara una investigación como es debido, apenas podrían recoger algunas huellas dactilares, pero todavía no hice nada que pueda justificar semejante procedimiento. No, me quedo tranquila, respiro lo menos posible, con la esperanza de que se olviden de echarme de la casa.

El Inspector no quiere que durmamos en la misma cama. Me dejó su pieza la primera noche, luego cambió de opinión y me mostró el mecanismo del sofá-cama. Cada mañana, pongo las sábanas en el placar de la entrada para limitar el desorden. Uso el baño a escondidas, como de manera frugal, aunque eso no haga mucha diferencia. La mucama llena la heladera regularmente y el Inspector suele cenar afuera, de manera que prefiero comer los alimentos en lugar de que los tiren a la basura.

Cuando oigo la llave de la mucama en la puerta, me acerco y digo Buenos días, madame Hernández, con qué habitación quiere empezar hoy. Me instalo en otra para no molestar, luego intercambiamos. Como me miraba con insistencia, un día le expliqué que yo era la prima del Inspector, pero no le prestó mucha atención a ese dato. Cuando él mete la llave en la puerta, corro a la sala para sentarme, dejando la puerta entreabierta para que se sienta libre de entrar si quiere o de no ser así, pasar de largo (al principio hablaba un poco, desde hace dos semanas ya

no lo hace, pero me gusta dejarle la opción).

Una noche, entró con una mujer con la que me crucé cuando fueron a la cocina para tomar algo. Me pareció muy alta, muy linda, y mientras ella me miraba despectivamente con sus largos ojos tranquilos, creí que se le dibujaba una pequeña sonrisa en la comisura de los labios. Obviamente, no era el tipo de mujer que me habría gustado ver al lado del Inspector, pero si yo hubiera sido mínimamente importante para él, habría podido hacerle sombra. Gracias al espejo que había en la entrada, frente a la puerta de la cocina, veía sus cuerpos enlazados delante de la ventana. La tela delicada de la mujer indicaba que ella pertenecía a la misma categoría social que el Inspector, y su color tornasolado combinaba de forma extraña con su cabello pelirrojo, que llevaba corto y en pico sobre la nuca. Yo no entendía sus cuchicheos entrecortados por risas, pero me preguntaba si más tarde los oiría hacer el amor estruendosamente en la pieza de al lado, y lo que sentiría al escucharlos. Decidí salir a caminar hasta el amanecer, momento en que el Inspector sale del *impasse* de Tanger para ir a la empresa en el barrio de la Défense, y mientras yo subía el cierre de mi anorak, la mujer se escapó por el pasillo, diciendo que mejor se iba, por lo visto la situación no era la que ella esperaba. De modo que ella se fue y, antes de acostarse, el Inspector cerró de un golpe la puerta de la sala donde yo estaba inmóvil, con la mano sobre el cierre.

Tengo muy poca ropa: un jean, una camiseta, zapatillas. Para ser sincera, creo que me robaron las cosas que tenía al llegar al departamento, porque me parece imposible haberme presentado así, en el umbral de la puerta, sin pasado ni proyecto. No intento explicar mi presencia acá. Cuando madame Hernández me molesta con la aspiradora, enciendo la televisión con el volumen al máximo, y miro las telenovelas que despliegan cada día peripecias extravagantes, príncipes y pastoras modernas, seductores cazados a su vez por hábiles simuladoras, y el pasado que vuelve un buen día con otro nombre y otra cara.

Luego de las telenovelas vienen los juegos que coronan las tardes y apago la televisión para elegir un libro de la biblioteca. Esta está constituida principalmente por tratados de arquitectura naval, pero también por algunos más generales sobre puertos y ciudades. Me paseo por los mapas, recorro caminos imaginarios con el dedo, finalmente elijo una novela. El Inspector tiene unas veinte. El lomo, por lo general intacto, indica que le interesaron poco y calculo que las compra a partir de las recomendaciones de las revistas abandonadas en la sala de estar, con el único propósito de alimentar conversaciones cultas con mujeres bellas como la de la otra noche, que mi presencia bastó para expulsar.

La falta de dinero acota mis desplazamientos. A veces saco unas monedas de los bolsillos del Inspector, pero me limito a pequeños montos para no meternos en problemas. Intento pasar cada día de la forma más económica, reduciendo mis pensamientos a una cantidad de ideas cada vez menor, viviendo apenas y gracias a ese ejercicio, afortunadamente, no soy una carga para nadie.

Sin embargo, siento repentinas ganas de molestar. Ayer, por ejemplo, como el Inspector no había vuelto todavía a las 22, entré en su habitación y hurgué de nuevo en los cajones impecablemente ordenados por madame Hernández. Esta vez el último cajón de la cómoda no se me resistió. Encontré ropa de mujer de mundo, conjuntos ondeantes sin etiqueta, así como varios pares de tacos vertiginosos. Pensé que se podía tratar de la ropa de una muerta, una expareja del Inspector que no lograba olvidar, y lo imaginé por la noche, encerrado en su habitación, adorando a la difunta bajo el halo de un velador. Sonreí. Luego me pregunté quién podía ser esa mujer con estilo afectado, embutida en unos conjuntos incómodos como si estuviera posando

para una nota en *Madame Figaro* y obviamente no pensé que conmigo salía ganando, pero me dije Qué alivio.

En el cajón había también un viejo ejemplar de la obra de Jean Racine, unos lápices y un cuaderno decorado con motivos brillantes. Las páginas estaban llenas de una escritura pequeña y regular pero que no logré descifrar, ya que la letra se había transformado en largos regueros azules por un diluvio de lluvia salada. Me habría gustado preguntarle al Inspector, pero no le iba a confesar que yo había estado revisando su habitación mientras él no estaba, decir Ahora me vas a explicar qué hacen estos disfraces en tu cajón y qué decía en el cuaderno. Le resultaría muy fácil mentir. El Inspector conoce un montón de mentiras, su preferida es la de abrir bien grandes los ojos y decir Vamos, sabes perfectamente de qué estoy hablando puesto que estabas ahí, cuando en realidad él sabe perfectamente que yo no estaba en ningún lugar y que, de seguir así, me voy a enojar. Sí, preferiría dejar el departamento en vez de intentar que me dé explicaciones.

Pasó otra semana más hasta que una noche, después de cenar afuera y beber en exceso aparentemente, el Inspector decidió ponerme los puntos sobre las íes. De pie en el umbral de la puerta, me dijo, Ven a la cocina, tenemos que hablar. Lo seguí y me senté a la mesa debajo de la ventana. El lugar estaba iluminado por una lámpara de neón sobre la piletta y por un farol con cuello de jirafa colocado en el *impasse* de Tanger. El Inspector sacó dos cervezas del refrigerador, de manera que, por un momento, la luz también provino de aquel lugar del que yo me había acostumbrado a robar en secreto. Al mediodía había sacado dos rebanadas de jamón y un poco de lechuga de los paquetes abiertos y los había acompañado con un poco de arroz hervido. Luego había lavado minuciosamente la cacerola, el plato y los cubiertos, para que no me acusaran de nada. Comprobé a través de la puerta del refrigerador que el jamón y la ensalada seguían exactamente en el mismo lugar donde los había encontrado antes del hurto, y al Inspector parecía molestarle que mis ojos se desviaran insistentemente en esa dirección, porque cerró de un solo golpe la puerta del refrigerador y golpeó la mesa con las dos latas de cerveza abiertas.

Hay que encontrar una salida, articuló claramente, con el tono de quien acaba de tomar una decisión. Lo miré. Inspiró hondo por la nariz y resopló por la boca como si practicara un ejercicio de relajación y continuó No vamos a poder seguir así, no voy a poder seguir así, pero te voy a ayudar a encarrilarte de nuevo. Hoy pregunté en la agencia para desempleados, puedes pedir una capacitación para volver a encontrar trabajo rápidamente. Hay que hacer una práctica, luego te van a hacer propuestas acordes con tus competencias. Comidas y viáticos irán a mi cargo hasta que cobres el primer salario, y te buscaremos un monoambiente en los suburbios, y hasta te voy a poder dar unos muebles para ayudarte.

Dije Qué tipo de trabajo.

Primero pareció sorprendido, luego contestó No creo que estés en condiciones de hacerte la difícil.

Repetí Qué tipo de trabajo.

Pareció perder el hilo de la respiración. Sus palabras eran más confusas cuando improvisó Es el colmo, ¿quieres que te propongan enseguida el mejor puesto donde te van a servir masitas con té? Querida, la vida no es así, primero tienes que demostrar tus aptitudes, entonces te pido por favor que te presentes en el turno que saqué para ti en la agencia para desempleados, las indicaciones figuran en este papel, hora, dirección, nombre del consejero.

Me alcanzó una cita impresa en papel de mala calidad con membrete. Simulé leerlo y lo dejé

en la mesa diciendo Está bien. Pareció tranquilizarse.

Pero, a la semana, cuando finalmente no me presenté a la cita, el Inspector puso el grito en el cielo, abriendo los armarios del pasillo, tirando al suelo pilas de objetos, antes de obrar igual en su dormitorio, donde esparció metódicamente el contenido de los cajones. Las prendas de la muerta volaron por todos los rincones de la habitación. Por un momento parecieron detenerse en el aire, livianos paracaídas suspendidos encima de la cama, volvieron a caer con un crujido de ala, y formaron en el suelo una platea de telas vacías. Me di vuelta, pero él me persiguió por el pasillo con esa ropa usada como si quisiera que me la pusiera, quizás para una entrevista en la agencia de desempleados. Ahora fui yo quien dio un portazo al entrar en la sala de estar.

Al día siguiente, al volver del trabajo el Inspector estaba más tranquilo. Aparentemente había decidido intentar otra táctica, porque me llevó hasta la cocina y me dijo Olvidemos por ahora el tema del empleo. Efectivamente, declaró tras una pausa en la que me dejó en la nebulosa, me parece que a partir de ahora hay cosas más urgentes, o sea tu salud. Tienes que consultar a un neurólogo, sí, sería bueno, lo miré en internet, hay una gran cantidad de causas que podrían explicar tus silencios, tus momentos de ausencia. Podría ser que hubieras sufrido una conmoción, una lesión cerebral o un trauma psicológico, aunque también podría ser que estuvieras tomándome el pelo desde el principio, incluso sería la explicación más simple. Pero, por última vez, te dejo el beneficio de la duda hasta el miércoles próximo, el día en que tenemos consulta con el especialista, queda en el *boulevard* Saint-Germain, pasaré a buscarte al salir del trabajo e iremos juntos en metro.

Luego, como si él tuviera la sensación de no haber hecho lo suficiente, se levantó y me entregó un recorte de diario, diciendo Toma, estaba en *Le Monde* de hoy: se esfumaron dos años de trabajo, en fin, pensé que podría refrescarte la memoria. Te compré también este DVD, concluyó antes de salir de la habitación, dejando el objeto sobre la mesa: no lo vi, pero seguro que te interesa.

Primero miré el artículo del periódico. La foto representaba una nave inmensa erguida sobre el agua tranquila, con las fachadas relucientes acribilladas de ojos de buey, pero atrás se levantaba una columna de fuego envuelta en una nube negra. El título decía “*Sirius* devastado por las llamas un día después de su entrega”, y lo que seguía describía cómo el barco, tras su salida de los astilleros de Saint-Nazaire (Loire-Atlantique) el día anterior para ir hasta Marsella en el marco del crucero inaugural, se había incendiado frente a ese segundo puerto. El incendio se propagó con increíble rapidez en el primer puente y en la sala de máquinas ubicada justo abajo, y produjo daños todavía imposibles de evaluar, tal vez irremediables. No presté atención al número de víctimas. Miré la imagen con tanta atención que los colores se reabsorbieron en infinitos puntos aglutinados en diferentes zonas del cuadro, un caos de signos que no significaban nada, como tampoco su presencia entre mis manos ni la mía en el departamento del *impasseTanger*.

Luego tomé el DVD. Se trataba de un largometraje de Éric Rohmer titulado *El árbol, el alcalde y la mediateca*, extraña frase que no me estimuló a ponerlo enseguida en el reproductor. Para hacerlo esperé a que el Inspector se fuera a trabajar el día siguiente, y me arrellané en el sofá.

La intriga, muy sencilla de hecho, se basaba en el triángulo compuesto por un hombre y dos mujeres, con Pascal Greggory en el papel principal, quien vivía primero con Arielle Dombasle y, a lo largo de interminables argucias, se encontraba con Clémentine Amouroux. Pensé que yo me

parecía bastante a la primera, ya me lo habían dicho, pero fuera de ese detalle, nada en la película podía aclarar mi situación actual. Decepcionada, y como ya había leído todas las novelas de la biblioteca, me interesé por la obra de Jean Racine titulada *Bérénice* que no había vuelto al último cajón, y la recorrí distraída, puesto que no me atrae mucho la tragedia. Igual capté la coincidencia entre las dos Bérénices -es el nombre del personaje interpretado por Arielle Dombasle en la película de Éric Rohmer- y entonces empecé a sospechar que también sería el nombre de la muerta. Madame Hernández, que estaba limpiando las ventanas de la sala de estar, me pidió que le dejara el lugar libre. Me encogí de hombros y salí a caminar.

Del *rond-point* de Tanger salen cuatro calles en la dirección aproximada de los puntos cardinales. Elegí la que iba hacia el oeste y seguí la calle gris, donde había mucho tráfico. Pero no escuchaba el ruido de los autos, sino el silencio de las gaviotas. Desde mi llegada buscaba entre los ecos de la ciudad los de las aves marinas. A veces me parecía percibir un lejano grito y entonces me imaginaba un ave que remontaba la corriente de un río o de un canal y que llegaba hasta acá. Luego entendía que el ruido estaba en mi cabeza y recibía con alivio el ronroneo de los motores.

Caminaba cada vez más rápido, intentando despistar a mi propia sombra con impaciencia, hasta que llegué a la *place* de l'Étoile. Pasé dos veces cerca del Arco, dudando entre las avenidas que se me ofrecían: Hoche, Foch, Kléber, Mac-Mahon, Wagram, Friedland, Iéna, apellidos de mariscales y de victorias que me resultaban familiares, y terminé tomando la última porque me sonaba bien, Iéna, sí, por qué no.

Me condujo frente a la A mayúscula de la torre Eiffel. Pasé cerca de los estanques del Trocadero, crucé la *avenue* Hussein I de Jordania y la explanada de los Derechos del Hombre y de las Libertades, donde, para hacer uso de esas libertades, hombres y mujeres se abrazan frente a la cámara y compran a los manteros miniaturas de la torre con forma de A. Caminando bajo el ala Passy del Palais de Chaillot, me di cuenta de que en ese edificio estaba el museo de la Marina.

La entrada costaba cinco euros. Pagué y me encontré frente a la canoa del Emperador, con los remos erguidos en sentido vertical en forma perfectamente paralela. Era una embarcación bastante ridícula, sobrecargada de dorado, en la cual a Napoleón le gustaba desfilar en los puertos del Imperio. Lo imaginé en su galera aguzando el oído ante los vivas que la multitud le gritaba desde la orilla, con bayonetas clavadas en la espalda por soldados de infantería dedicados a estimular el entusiasmo popular, y vi que sus párpados se cerraban en forma imperceptible mientras posaba en su balsa de Carnaval.

La sala siguiente estaba dedicada a las maquetas. Las naves de la Marina real descansaban frente a mí, bajo mi mano a través de la vitrina, estaban a mi alcance en esos singulares acuarios. Giré alrededor de las naves suspendidas en las vitrinas, presas cautivas pero accesibles, y de repente tuve una sensación de *déjà-vu*. Me vi pasando junto a rejas interminables, buscando una entrada que tal vez no existía, sin poder decidir si esa imagen salía de un sueño o si realmente yo había intentado abrazar un espacio escurridizo que imaginaba bajo un cielo despejado, quizás una luz mediterránea en invierno.

Pasé junto a los barcos de tres mástiles y las fragatas, miré las figuras de popa donde las sirenas ofrecen sus senos ávidos a las palmas de los visitantes, y continué entre los naufragios. Entre los follajes de los marcos miré las naves atacadas por la corriente, las gavillas de agua escalando las nubes debajo del fuego de los cañones, y oí las explosiones, el crujir de la madera,

los gritos de los marineros en el mar. Sentí bajo los pies una especie de balanceo o una oscilación. Pisé con fuerza para averiguar cuán sólido era el parqué, pero esa no parecía ser la causa: el suelo estaba perfectamente estable bajo el ala de Passy del Palais de Chaillot y tuve la desagradable sensación de que el naufragio ocurría en mi interior. Salí rápidamente de la sala de batallas navales para encontrarme en medio de los puertos franceses pintados por Joseph Vernet.

Estaba cercada. Dieppe, Rochefort, La Rochelle, Bayona, Burdeos, Sète, Antibes, Toulon, Bandol, Marsella, eran diez alrededor mío, representados por la voluntad del rey Luis XV quien, a través de las vistas de los puertos de Francia, quería bosquejar el orgulloso retrato de una nación moderna e ingeniosa. Observé los cuadros buscando una señal. Bajo la influencia de esa luz mediterránea que había visto antes, me pregunté si yo conocía el sur, e inspeccioné metódicamente las radas desde Toulon hasta Sète, luego fui subiendo por la costa atlántica hasta Dieppe, y no vi rastros de mi paso en ningún lugar. No soy tonta. No estaba imaginando que el pintor, tres siglos antes de mi nacimiento, habría podido predecir mi llegada al punto de pintarme bajo un aspecto halagador, y que yo podría reconocerme en el perfil de aquella mujer elegante con sombrero de bordes anchos y larga cabellera rubia. Pero pensé que si alguna vez hubiera visitado uno de esos puertos, se habría destacado algún elemento del cuadro, la forma de la cuenca, las piedras del muelle, las colinas bajando hacia el mar, y me recordaría que ya había estado allí. Entonces me fijé en los cielos que ocupan más o menos dos tercios de las pinturas de Joseph Vernet. Experimenté la luz, recorrí las tormentas, el clima benigno, del alba al crepúsculo y no reconocí nada de lo que hubiera podido vivir en una ciudad anterior. Pensé que solo me quedaba volver al departamento del *impasse* Tanger y que iba a comprar un boleto de metro, gastar un euro y setenta centavos para cumplir con la ley. Mi trayectoria en la sala de puertos franceses se desvió un cuarto de círculo hacia la izquierda.

Conocía esa silueta, detenida frente a un cuadro de dimensiones modestas que me ocultaba por completo. Ya la había visto precisamente en esa posición, casi de espaldas en un *contrapposto* meditativo, escudriñando una obra de la muestra con tal intensidad que no se podía decir si estaba relacionada con el objeto o con un problema personal sobre el que uno cavila para percibir todas sus dimensiones. Sí, me apareció ese recuerdo muy claramente, y en ese momento reconocí perfectamente la silueta del Inspector de pie delante del *Naves frente al peñón de Gibraltar*, pintado por Chéri Dubreuil en 1872.

Obtuve esos detalles del cartelito colocado debajo del cuadro cuando me acerqué para averiguarlos. Enseguida dudé de mi percepción, ya que el Inspector no tenía ninguna razón para estar un jueves por la tarde en el ala de Passy del Palais de Chaillot. Pero era él, me lo confirmó su expresión cuando se dio vuelta, molesto de que un inoportuno invadiera su zona personal, en el centro mismo del museo desierto. Estaba dispuesto a mirar con desprecio al intruso, tal como yo lo había visto en varias oportunidades, por ejemplo, cuando, muy a pesar de todos mis esfuerzos, obstaculizaba su camino en el departamento del *impasse* de Tanger.

Primero, el Inspector no dijo nada y yo tampoco, porque por una vez estaba segura, segurísima de que no tenía nada que reprocharme, que no había hecho ningún gesto para acercarme a él. Éramos víctimas de una coincidencia, era la prueba de que el azar existía, y yo habría querido decírselo, pero él habló primero muy enojado, ¿Pero qué haces aquí, no te parece que soy bastante generoso como para dejarte vivir a mi costa, también me tienes que seguir? ¡Dios santo!, ¿cuándo te vas a ir?, explícame qué tengo que hacer para lograrlo, vamos, dime una cifra, dime un precio y no lo voy a discutir, solo quiero que desaparezcas.

Contesté Te juro que no te estuve siguiendo. Te juro que vine acá por casualidad, jamás pensé que me cruzaría contigo en este museo, y no quiero nada de tu parte, de hecho me la paso haciéndome diminuta, ridículamente chiquita, pero es que no puedo dejar de existir solo porque tú lo desees, tienes que entenderme.

Se puso a gritar en medio de los puertos franceses. A sacudirme los hombros con violencia, gritando ¿Entenderte?, ¿Me estás tomando el pelo? ¡Yo tendría que entenderte, cuando tú me estás volviendo loco, y la prueba es que ni siquiera me atrevo a pasar tiempo en casa, me siento obligado a pasar mis días libres fuera de casa en vez de quedarme en la cama haciendo el amor con quien quiera! Pero voy a tomar medidas, créeme, voy a avisar a los servicios sociales porque ya no soporto verte cada vez que levanto la vista.

En vez de eso, el guardia de la sala de pinturas vino corriendo para ayudarme. Le ordenó al Inspector que se fuera, Vamos, váyase o llamo a la policía. Luego me preguntó si me sentía bien y como murmuré que Sí, el guardia volvió a su lugar cerca de los naufragios.

Pasé a la sala contigua, donde me paseé entre las máquinas modernas, cazatorpederos de la Segunda Guerra, submarinos, portaaviones, transatlánticos, graneleros, portacontenedores, como en un puerto imaginario que hubiera reunido toda clase de barcos. No sé cuánto tiempo pasó mientras vagaba así entre las vitrinas, pero un poco antes de las 18, el guardia vino a decirme que estaban por cerrar las salas. Caminé hacia la salida.

Ante la boca del metro, mis pies dudaron. Habría tenido que volver lo más tarde posible, esperar a que el Inspector se durmiera para deslizarme por el pasillo hasta la sala donde yo me habría recostado sin abrir el sofá, para no hacer ningún ruido. Pero había caminado mucho esa mañana, mi ánimo se debilitaba bajo la tormenta que se abatía sobre la *place* du Trocadéro. Opté por el metro para entrar en calor al contacto de todos los cuerpos apretados unos contra otros, una postura que me habría disgustado en otro momento, pero con la que ahora me conformaba por completo.

En el hall de nuestro edificio me detuve frente a las plantas suculentas, sorprendentemente frondosas, tanto que una vez había tocado el follaje para asegurarme de que realmente pertenecían a esa variedad que crecía a la sombra, saciadas con un filete de agua que extraían bajo una capa de gravilla. Decidí subir por la escalera de emergencia en lugar de tomar el ascensor y esperar hasta una hora aceptable para colarme en el departamento. Pero al llegar al palier del octavo, que también era el último piso, empecé a oír voces. Habría querido pensar que aumentaban en mi cabeza por pura imaginación mía, que muchas veces se las ingeniaba para crear los discursos que yo más temía. No obstante, los sonidos se producían con toda seguridad fuera de mis oídos, los timbres de la voz de un hombre y de una mujer que reconocía sin la menor duda, y seguramente habría podido quedarme en el palier para desenmarañar sus palabras y definir una estrategia, pero en el momento no lo pensé.

Llamé a la puerta. Se abrió como si me estuvieran esperando, y de repente formamos un triángulo equilátero perfecto. Las personas que yo tenía enfrente medían aproximadamente lo mismo: él era muy alto, ella montada en sus tacos, de modo que sus miradas tenían que hacer zigzags verticales para fijarse en las otras dos, mientras que la mía solo se deslizaba horizontalmente de ella a él. Me pareció que se habían peleado. No habría podido decir de dónde me venía esa sensación: la sombra de un descontento en el rostro del hombre, el despecho en la expresión de la pelirroja alta, que se había encogido. La disposición de sus rasgos, la distribución del cuerpo repentinamente carecían de centro, la estructura toda amenazaba con desplomarse. Lo

tomé como un punto a mi favor y me parece que nos quedamos así durante varios minutos, explorando el fondo de nuestros ojos para decidir quién entre ella y yo conseguiría finalmente instalarse en la casa, ocupar esa zona que entonces se le autorizaría por completo, con la libertad de invadir los placares, los roperos, los cajones, la biblioteca, y a quien también le tocaría guiar los gestos de madame Hernández, diciendo Hoy puede limpiar el piso, pasado mañana, las ventanas, el viernes la ropa y las compras para todo el fin de semana.

LE HAVRE

(FEBRERO-DICIEMBRE)

El Inspector se habrá decidido a favor de una u otra porque, cuando tomó el tren, la joven tenía en su poder dos mil euros cómodamente repartidos entre los bolsillos de su abrigo. Seguramente habrá temido que ella, en un ataque de desesperación, se precipitara debajo de un autobús o pasara por encima del parapeto del puente del Alma y que semejante accidente lo expusiera durante toda su vida a reproches perpetuos de su conciencia. Sea como fuere, antes de llevarla a la estación, le entregó una cantidad importante de dinero. Y, hasta el último minuto, estuvo esperando a que ella eligiera la estación: Saint-Lazare, hacia la Mancha; Montparnasse, para el Atlántico, o la *gare* de Lyon si ella prefería el Mediterráneo; Pero a lo mejor no quieres ver el mar, entonces por qué no Estrasburgo, te puedo llevar sin problema a la *gare* de l'Est, para empezar en serio algo nuevo.

A ella no le importaban sus opiniones teleguiadas por el remordimiento y contestó Saint-Lazare sin dudarlo. Él arrastró la valija por la galería comercial, resultado de la transformación reciente de la sala de espera, validó el boleto de ida para el tren de las 20:50, mirando de costado hacia la figura a su derecha para constatar que efectivamente la seguía hasta el andén. Ella caminaba distraídamente a su lado, observaba el abdomen de las palomas que pisoteaban el techo de vidrio del hall de salidas, retorciendo un mechón corto y rebelde con un índice dubitativo, hasta que el Inspector se detuvo frente al coche n.º 7 y dijo Bueno, tienes el asiento n.º 64. Ella subió al estribo. Él alzó la valija, pero en lugar de tomarla, ella declaró No necesito nada, dame solo mi abrigo para no resfriarme. Él se lo alcanzó y ella entró en el vagón sin mirarlo, después de todo no había cruzado una mirada con él desde el *impasse* de Tanger.

A través de la ventana del compartimento, el campo fue interrumpido solo por breves paradas en las estaciones de Ruan, Yvetot y Breauté-Beuzeville. El nombre de estos lugares figuraba en grandes letras blancas sobre carteles azules y, debajo de ellos, algunos pasajeros se apresuraban hacia afuera, impacientes por llegar a los barrios oscuros más allá de las fronteras iluminadas de la estación. Entonces le entró la duda: ¿acaso esas estaciones no serían decorados, y los pasajeros en los andenes, actores de reparto que tomarían el primer tren en dirección opuesta? Tal vez los habían contratado para mantenerla en la ilusión de esas ciudades, engañarla con el espejismo de su existencia. Porque nada estaba comprobado, a lo mejor no había ninguna calle más allá del decorado ferroviario y tal vez habían inventado ese teatro solo para confundirla, como parte de un gran plan secreto.

El tren ingresó en la *gare* de Le Havre con perfecta puntualidad. Unas paredes altas

bordeaban las vías, arriba titilaban las luces de neón de una feria, los carteles del Vortex, del Shake Off, atracciones vertiginosas que enseguida supo que no usaría. Detrás de los demás pasajeros, se dirigió a la salida hacia el estacionamiento, donde pronto se encontró sola entre la autopista y tres edificios de oficinas. Unos hilos de agua caían del cielo, y ella corrió entre las gotas hacia un plano de la ciudad, clavado en el asfalto como un helado de palito gigante.

Es fácil ubicar los edificios neurálgicos de la ciudad -la iglesia de Saint-Joseph, el palacio municipal, la comisaría-, prisioneros en un plano dentro de un modesto cuadrado rojo. Para llegar a ese perímetro donde espera alojarse, tiene que cruzar la autopista. En realidad no es una, sino tres, tangentes a la altura del estacionamiento, que luego se abren en varias direcciones más allá de los faros. Como las luces de neón se van apagando una a una detrás de ella, la mujer se ubica en forma perpendicular a la calzada y camina hacia el cuadrado rojo.

Todas las ciudades que se reconstruyeron después de la Segunda Guerra se ordenan en una trama parecida, donde las principales arterias llevan el nombre del general De Gaulle, el general Leclerc, de la Liberación, además de los inexpugnables Victor Hugo y Jean Jaurès. Las fachadas de los edificios se componen de una reducida gama de módulos arquitectónicos, sobre la base de construcciones prefabricadas.

Ella descubre un hotel en uno de esos edificios. Más allá de la puerta de vidrio de seguridad, una lámpara halógena ilumina un linóleo marrón, que en las paredes se continúa con un papel gofrado en colores amarillo-naranja. La dueña es una mujer entre dos edades, emperifollada como les ocurre a algunas personas demasiado herméticas a las influencias de las metrópolis. El reloj de pared, en la que doce especies de pájaros marcan las horas, indica las 23:30. Estaba por irme a dormir, informa bruscamente la dueña antes de sacar su registro para encarar las formalidades de uso. La clienta se limita a completar los casilleros y camina por un pasillo estrecho detrás de la otra, que se sorprende de la ausencia de equipaje. Espera así obtener información acerca del motivo y la duración de su estadía, y termina recordándole que el alojamiento se puede pagar por adelantado. Entendí perfectamente, contraataca la clienta y da un portazo en la n.º 17, que cierra con dos vueltas de llave.

La habitación se reduce a un cubo organizado como una *cassatta*: gris ceniza para la alfombra, colocada hasta la mitad de la pared, luego celeste hasta el techo, con ese color que se suelen usar en las clínicas de recuperación para moderar la sensibilidad de los residentes. Con las persianas cerradas, en la habitación reina un calor amniótico. Ella explora el baño, donde solo se destaca la grifería -tabiques, azulejos, equipamientos sanitarios, cortina de baño, toallas, radiador: todo blanco-, luego vuelve a la habitación para estudiar más atentamente los muebles: un escritorio con instrucciones para el uso del teléfono, para la evacuación en caso de incendio, dos sillas de plástico y una cama increíblemente cómoda. Si una se recuesta, puede disfrutar de programas en el televisor fijado a la pared mediante una vara metálica que se puede orientar, igual que en una habitación de hospital.

Luego todo sigue de forma muy natural. Abre los ojos alrededor de las ocho, se baña con esmero, aprovechando al máximo el jabón y los dos estuches de gel para la ducha colocados cerca del lavabo. El desayuno se toma en la sala del primer piso. En cada mesa, un ramo de ranúnculos artificiales les da sombra a las servilletas color mosqueta dobladas en forma de abanico. Ella se sienta junto a la ventana mientras la dueña les sirve a los demás clientes, prestando una vaga atención a las conversaciones. Los fragmentos que escucha sugieren que ellos trabajan en el Gran Puerto marítimo, hipótesis reforzada por su género -masculino sin

excepción- y por el hecho de que, inmediatamente después de que les sirven el desayuno, vuelven a sumergirse en pilas de documentos técnicos y pantallas de teléfono. Ninguno repara en la presencia de la joven, que se ha apartado o está en huelga, hasta el punto de que parece fundirse con el papel estampado amarillo-naranja.

Ella solo toma café. No modificará su elección en toda la estadía, no hace falta preguntarle cada mañana lo que quiere tomar, y rechaza el jugo de frutas si no se lo sirven fresco, se conforma con pan con manteca, que sumerge en la taza mientras escudriña el pavimento desierto. A medida que pasan los días, la dueña -¿Martine, Odile, Nicole?- la invita a visitar las atracciones turísticas de la ciudad, la iglesia de Saint-Joseph, el museo impresionista, el departamento testigo de la Reconstrucción. La clienta contesta Muy interesante, seguiré su consejo. Sin embargo al día siguiente siempre el mismo cuento, no pudo por una nube, una puntada, acidez, Preferí quedarme en la cama, era más seguro, pero iré hoy sin falta.

Después del almuerzo, sube al primer piso donde la mucama -¿Roselyne, Maryvonne, Rose-Marie?- acaba de pasar la aspiradora. En la consola del palier pierden el color unas revistas y una pila de libros heteróclitos, folletos que elogian el patrimonio de la región, una guía para el ornitólogo aficionado, así como un pequeño libro grisáceo. La tapa lleva un escudo, una salamandra que escupe llamas encima de otro animal de especie incierta, alzado en la postura del oso, pero dotado de una mandíbula protuberante incompatible con la especie de ese plantigrado. El título parece remitir a una especie de diario, *Le Havre durante el asedio. Recuerdos del 1 al 12 de septiembre de 1944*. Ella abre el libro, se detiene en la fotografía en blanco y negro de un mar de escombros, donde solo subsiste un frágil campanario. Se oye el gruñido del cordón de la aspiradora en otro extremo del pasillo, Roselyne está por guardar el aparato en el armario del palier. Ella mete el libro en el bolsillo y entra en su cubo napolitano.

La mucama ha abierto las persianas, le pareció adecuado ventilar el volumen, y ella las vuelve a cerrar inmediatamente. Solo un rayo de luz se filtra por la puerta, que la iluminación eléctrica absorbe enseguida. Se recuesta en la frazada, cierra los párpados al acecho del ruido. El graznido de las gaviotas que hacen su ronda aérea en el patio donde depositan la basura doméstica, los frenazos intermitentes en la avenida paralela, un grito esporádico, el guardia llamando a un colega a propósito de esa misma basura. Ella intenta definir las regularidades en las crestas y los valles, amansando las vibraciones hasta que le resulten tan familiares como el zumbido interno de los oídos, y empieza el libro.

Calma chicha, silencio, se oiría volar una mosca si se agitara de esa manera. Pero los insectos, como todos los animales y sobre todo los hombres, se quedan callados, inmóviles, se quedan esperando. Saben que va a ocurrir algo que los transformará a todos, al igual que la configuración de la ciudad, el trazado de las calles, el aspecto de las casas y hasta la línea de los acantilados que se sumergen en la Mancha. Deberían huir. La orden la dio el Kommandantur, había que evacuar el centro antes de que se iniciaran los ataques aéreos, no había duda, solo era cuestión de tiempo. Pero los habitantes se quedaron en sus casas, detrás de las persianas cerradas, esperando que pasara, que pasara.

Se viene un nuevo diluvio, que esta vez será de fuego, no de agua, y cuyos sobrevivientes no habrán sido seleccionados por su calidad de especímenes reproductores, sino según la voluntad del azar, sin distinción de edad, sexo o mérito. El ruido de las sirenas anuncia los bombardeos. Se acercan los Aliados y están por destruir todo, pulverizar el centro de la ciudad para expulsar al

Invasor, dejar inutilizadas las instalaciones portuarias, la infraestructura económica.

La población corre a refugiarse en los sótanos de los edificios, las trincheras cavadas cerca de las casas, los túneles debajo de los acantilados. En las cavernas oscuras, escuchan los motores que disparan proyectiles sobre sus muebles, sus pertenencias, la infinidad de cosas valiosas o baladíes que han acumulado a lo largo del tiempo y que les permiten decir que esas casas son sus hogares. No piensan en ellas. Se aferran los unos a los otros, indiferentes al porvenir de su vajilla, sus chucherías, las pinturas y las fotografías que se descuelgan de las paredes para desaparecer bajo los escombros.

En unas pocas horas y gracias a herramientas modernas, se puede destruir hasta el menor rincón de una ciudad, desde el piso hasta el desván. Las piedras se hicieron pedazos, trocitos que siguen humeando varios días después de que han pasado los aviones. Y entonces evaluarán el alcance del siniestro, aliviados por un momento al haberse librado de las bombas, luego contarán los muertos y medirán los perjuicios. Pertenencias materiales, claro, pero también los paisajes, las calles que fueron el escenario de su vida, todo eso borrado de un solo bloque, suprimido de la topografía y, por ende, también de su mapa mental, ya que no queda nada para atestiguar el origen de sus recuerdos.

El libro consta de unas cien páginas, se necesitan unas dos horas para leerlo, lo que nos lleva a las doce del mediodía. Luego no pasa nada. Acostada en la cama, ella reproduce bajo sus párpados la película del diluvio de 1944, hace unos estiramientos, bebe del vasito de plástico que Roselyne renueva todos los días en su mesa de luz.

Los clientes del hotel vuelven a su habitación a eso de las seis de la tarde. Empiezan a funcionar las columnas de agua, algunos se llaman en el pasillo, las puertas se cierran. Cuando vuelve el silencio, ella sale de la 17, zigzaguea entre las cajas de pizzas que les han traído a sus vecinos de piso. Nadie la oye bajar la escalera cubierta por una alfombra floreada, tampoco cerrar tranquilamente la puerta del hotel al salir.

Es invierno, anochece temprano. Ella deambula por las calles que han crecido sobre los escombros, pasa por esquinas en ángulos rectos y galerías cubiertas que llevan a una explanada grande adornada con dos montículos en forma de envases de yogur. En algunos restaurantes que la decoran, ella engulle entrada, plato principal, queso, sin esmerarse en organizar el menú ni en responder a las señales que algunos clientes solteros emiten en su dirección.

El día siguiente presenta exactamente el mismo guion que el anterior. Compulsa el libro como si cada vez fuera la primera, su memoria prevé que las palabras volverán pronto a su lugar. De manera que los días se reproducen idénticos hasta el duodécimo que, según el libro, pero también según los hechos objetivos contados en los manuales de historia, anuncia el final del asedio.

La Liberación ocurre un lunes. Es la primera vez que ella sale del hotel en pleno día. Las aristas de los edificios aparecen entrecortadas en el cielo amarillo, algunos rayos de sol están por intervalos los bloques organizados en damero. Ella accede a la explanada con los yogures por las galerías cubiertas, llega al monumento a los muertos y se vuelve hacia la iglesia de Saint-Joseph, un estrecho campanario plantado en su rascacielo. Pero sus pasos inciertos fuera de la noche rozan obstinadamente las fachadas, y todo su cuerpo parece buscar el apoyo de las paredes. Se detiene apoyándose en la vidriera de una agencia inmobiliaria para tomar aire. Tal vez sobreestimó sus fuerzas y, en realidad, habría sido mejor que se quedara en el calor

amniótico de la 17. Piensa en volver al cuarto, y cierra los ojos, que al mismo tiempo dirige hacia el sol. Luego, sin abrirlos, vuelve a caminar hacia el campanario, sintiendo a través de las suelas la textura del piso, las rasgaduras del pavimento, cuyo eco le sube hasta las rodillas, las caderas, e imprime a sus brazos un balanceo y a la cabeza su cadencia, y entonces puede volver a abrir los ojos.

Torre fusiforme de ciento cincuenta metros de alto, la iglesia ostenta un encaje de hormigón armado, elegante piel mineral constelada de vitrales geométricos. Ella penetra en el espacio central organizado por la planta en forma de cruz griega del edificio, con la profundidad reducida para acentuar la dimensión vertical, y por tanto espiritual, del edificio. La luz entra por la torre acribillada por vitrales, y sus rayos proyectan puntos coloridos en el perfil de viejas mujeres que rezan. Ella observa las manchas movedizas en las mejillas y las frentes, se acerca a las efigies religiosas que decoran acá y allá un retablo, un bajorrelieve, pero es siempre la misma historia, unos inoportunos que yacen moribundos en brazos de sus madres; sale de la iglesia de Saint-Joseph.

La orilla se ofrece idéntica a la de todas las ciudades de la costa, con una playa, un puerto deportivo, muelles lavados por la cresta de las olas. El faro marca la entrada al Gran Puerto marítimo más allá de un largo paralelepípedo de vidrio. Se trata del museo. La dueña había mencionado su colección de pinturas impresionistas, que figuran entre las más importantes del mundo, puesto que los pintores de la época se inspiraron abundantemente en el extraño sol que baña la costa. La joven conoce a los impresionistas. Todos admiran esos cuadros, cuyas reproducciones decoran miles de baratijas por todo el Occidente culto: lapiceras, pisapapeles, vajilla, ceniceros, alfombras de baño, fundas de cojín, transportados por todos los mares en cajas de portacontenedores, en fin, conoce a esos pintores y los desprecia, rechaza por igual a Monet, a Pissarro, a Cézanne, a Sisley, esos fragmentos de agua y tierra, esas manchitas de luz que provocan gritos de entusiasmo en los ingenuos, como si luchar contra la fragmentación del espíritu y la materia no fuera deber del artista.

Y, sin embargo, ella camina directamente hacia el museo. Atraviesa las puertas corredizas. Pide una entrada. En la planta baja hay una muestra dedicada a Paul Signac, un puntillista, peor que los impresionistas. Representó los puertos de Francia a puntillazos, miríadas de puntitos coloridos que pintan todas las estaciones desde Menton hasta Dunquerque. Los veleros con anclas chorrean farolitos, y las barandas, oriflamas, de cada movimiento de pincel se desprende una espantosa sensación de felicidad. Pero ella los enfrenta, recorre los muelles, los malecones, visita el centenar de vistas que Paul Signac pintó de los puertos franceses, cada una de las cuales representa una variación infinitesimal de la anterior, y llega así al final de la muestra.

Se encuentra frente a una pared de pequeños Boudin. Escenas de la costa en las que ella no aísla ningún detalle, el cielo que se funde en el mar, los barcos en la cresta de las olas. En la gran pared blanca los cuadros parecen millares y ella se aferra al cordón de seguridad incitándose a la calma, encontrará la fuerza, alcanzará la meta y efectivamente las marinas dejan lugar a una nueva serie de pinturas. Porque Eugène Boudin también pintó vacas, muchas vacas. Aparecen solas o por pares, masticando pasto, rumiando sus apacibles vidas de animal, observando a los visitantes con una mirada tan tranquila: una se puede quedar mucho tiempo frente a las vacas.

Siguen pasando los días como si ella se hubiese limitado a vivir desde siempre una vida de mujer discreta y maleable, poco exigente con respecto al trabajo. Así es como después de tres

mañanas de examinar las ofertas de las agencias de personal, se detiene en un anuncio, atraviesa la puerta y sale media hora después con un contrato para reemplazar a alguien en el Gran Puerto Marítimo. Se trata de limpiar, entre el alba y la aurora, el hogar de los trabajadores portuarios, un puesto que tan solo requiere ser puntual, manejar la esponja y la escoba.

La joven se esmera en fregar las cenizas al borde de la pileta comunitaria, recoge las migas de papas fritas entre cadáveres de botellas, deja esos mismos cadáveres en contenedores que clasifican la basura y luego recorre las baldosas detrás del lampazo, entre las filas de casilleros metálicos donde los obreros pegan fotos de mujeres desnudas con cuerpos de bronce. Cuando se cruza con sus pupilas inflamadas, baja la vista enseguida y se encuentra con labios impacientes, temblando ante la perspectiva de recibir tal o cual delicia oral. Después de barrer una última vez, vuelve al hotel con su sándwich envuelto en plástico, triángulos superpuestos con salchicha de Lyon o queso emmental.

Conserva su habitación hasta fin de mes, en espera de la primera nómina que le permitirá alquilar veintidós metros cuadrados con vista al puerto deportivo. Como ha pasado el período de prueba en el servicio de limpieza del Gran Puerto Marítimo, la responsable de la agencia le propone una tarea de mayor envergadura. Durante un mes ocupará un puesto de cajera en el supermercado de la Porte Océane: cuidado, se trata de una prueba, nada de meterse dinero en el bolsillo del uniforme, yo la recomiendo al gerente porque usted trabajó bien con la limpieza, pero frente al mínimo problema, vuelve al punto de partida.

Durante treinta días ella mira desfilan los artículos por la cinta transportadora, los pollos, los salchichones, las lechugas, los jabones, los embutidos envasados al vacío, aguarda el momento en que están por saltar contra el borde del cajón y chocar contra la caja para recuperarlos con habilidad, pasar los objetos por el lector de código de barras y dejarlos sobre la pista metálica, desde donde bajan con mayor o menor facilidad, según el peso y la conformación. La joven tiene estilo, se sienta derecha en su taburete y su pelo muy corto aumenta aún más la elegancia de su aspecto. Entrega el vuelto con precisión, sonríe a los señores seductores y se muestra excepcionalmente hábil para hacer frente a los amargados. Jamás registra el artículo de un cliente por el de otro y nunca pidió auxilio al gerente para desbloquear la caja, de manera que rápidamente los clientes habituales eligen su caja para hacer la fila. Pronto despierta la envidia de otras cajeras, pero eso no le importa porque sus pausas escalonadas limitan las oportunidades de cruzárselas. Al mediodía come su sándwich mirando el desfile de los barcos en el muelle, metaneros que se dirigen hacia las terminales industriales, ferris de Portsmouth y grandes cruceros, esos bloques habitacionales móviles que entran furtivamente en la ciudad, se instalan por unas horas y luego desaparecen cuando ella los busca con la mirada.

Un miércoles hacia las 14, alejada del puerto exterior, ve a lo lejos un casco reluciente cuya línea evoca un recuerdo fugaz. La identidad del transatlántico figura muy claramente en la proa, en grandes caracteres azules.

Lindo nombre, dice un señor a su izquierda que contempla el mismo espectáculo, un jubilado amante de los buques, de los que se encuentran en todos los puertos de Francia.

O sea, contesta la chica alta, acodada a la baranda.

Procyon, prosigue el señor, la primera estrella de la constelación del Can Menor y uno de los tres ángulos del Triángulo de Invierno. Luego, concluye Es el *sister-ship* de *Sirius*, el buque que se incendió hace, no recuerdo, dos o tres meses.

Pero a la joven no le interesan tanto las explicaciones. Termina su sándwich y camina en

dirección al centro, donde retoma su puesto siempre con esa extraña sonrisa de planta en macetero.

El gerente del supermercado se pavonea, nunca antes había contratado a una empleada modelo como esta. Cuando se termina el contrato, le dice, Querida, para qué complicarse con la agencia, firmemos ya un contrato a plazo fijo. Pero ahora es ella la que no quiere. Pide cita con la responsable de la oficina de trabajo temporario y dice Bueno, ya di muestras de mi aptitud con la limpieza, la caja, ahora búsqieme algo más interesante.

Madame Baridou se siente incómoda, porque ella no tiene ninguna experiencia en secretariado. Como los exámenes demuestran que tiene aptitudes para manipular el *mouse* de la computadora, la manda a pasar una jornada con un nuevo cliente para ingresar facturas. Los resultados son satisfactorios, le extienden el plazo. La joven teclea rápido, sin errores, y su fama en la oficina disminuye en la misma medida en la que aumenta la que le reconoce el jefe del servicio.

Después, al cabo de quince días, ella vuelve a hartarse. En la agencia, madame Baridou no tiene nada para proponerle en ese momento, por un lado, y por el otro, no se atreve a desalentar a semejante joya. Entonces le contesta Bueno bueno bueno, acá nada, acá tampoco, pero le voy a preguntar a mi marido, el otro día me dijo, sí, puede ser que él tenga algo bueno para usted.

En la nueva tienda, ocurre lo mismo que en otras partes. Al principio, es un descubrimiento, ella la pasa bien, y descubre cada vez menos y se aburre cada vez más. Sigue un periodo durante el cual todavía hay forma de pasarla bien con los compañeros. Ella imagina estratagemas para perjudicar a los otros vendedores, se comentan constantemente las intrigas armadas entre las pavas y las freidoras. El viernes por la noche toma una copa, luego dos, y pronto eso empieza el jueves, incluso el miércoles, incluso el martes. Cena con maní, tiene ojeras cuando debe abrir la tienda a la mañana siguiente, pero ahora conoce los productos de memoria, sabe hacer la demostración de cada modelo y cobra inmediatamente su premio cada vez que logra vender el aparato invendible a un cliente que sale contento.

Sin embargo, después de unas semanas, se enfrenta al jefe de sección. Es la eterna repetición de las mañanas intercambiables, preámbulo del conflicto: el aburrimiento lleva a buscar cualquier motivo para pelear, y el jefe de sección está para eso. De manera que sube el tono de a poco, luego en forma exponencial, y un día falta poco para llegar a las manos y la echan así nomás de la tienda.

La joven va a la agencia para desempleados. La consejera Solange Pinget quiere asegurarse de que está haciendo lo necesario para encaminarse de nuevo en el empleo y la cita no es de las mejores porque madame Pinget conoce a madame Baridou, en el colegio estaban en el mismo curso, y conoce también por extensión a monsieur Baridou, de manera que se sorprende de que después de mostrarse tan perfecta, la joven se haya vuelto loca de atar y loca de remate.

Un *burnout*, me parece que tengo un *burnout*, improvisa la pelirroja alta, que ha memorizado las palabras para aterrorizar a los empleadores.

Madame Pinget expresa una pizca de compasión. Ciertamente, dice, está difícil últimamente, con la presión, los ritmos y el poder adquisitivo, que no para de bajar. Y, como ese discurso parece devolverle a la joven las ganas de sonreír pero no de trabajar, la consejera endurece el tono. Le explican a lo largo de las entrevistas que le van a exigir, tendrá que mostrar motivación, si no, la vamos a excluir de nuestras listas. Y como esa táctica no parece dar más frutos que la anterior, la inscribe a la fuerza en un curso titulado “Estrategias para reconquistar el empleo”.

Durante tres días tiene que ir al subsuelo de la agencia para desempleados, a una sala húmeda donde las computadoras fuera de servicio acumulan polvo bajo una luz de neón ciclotímica. Frente a unas ocho personas más o menos deterioradas, el instructor se desgañita con toda la energía de la desesperación, mientras la joven garabatea en un bloc que le sustrajo a madame Baridou cuando esta estaba de espaldas.

Y, en planta baja, madame Pinget le pregunta cuál es su estrategia personal para volver a conseguir trabajo. A la joven no le queda otra posibilidad que abstraerse. Su mirada se evade por la ventana, escala el edificio de enfrente, hasta el cielo gris desde el cual alcanzaría a ver el mar, el puerto adonde irá a pasear en un rato. También podría darse una vuelta por la mediateca, devolver la película que sacó prestada a principios de la semana, un largometraje de Éric Rohmer cuyo título la intrigaba. Ella tenía un extraño parecido con una de las actrices, y el nombre del personaje, singular alianza de tonalidades contrarias, le había llamado tanto la atención que se preguntó cómo podría ser la vida de quien lo llevaba. Si valdría la pena tomarlo prestado. Sí, le gustaría, para probar, transformarse en el personaje interpretado por la actriz Clémentine Amouroux en la película de Éric Rohmer. Blandine Lenoir. Un nombre que me calzaría a la perfección.



Foto: © Hélène Bamberger

JULIA DECK

Nació en París en 1974. Colabora en varias publicaciones, entre ellas Livres Hebdo. Anteriormente se desempeñó como secretaria de redacción en diferentes periódicos y como lectora de publicaciones extranjeras en París y en Nueva York. Es licenciada en Artes por la Sorbona y diplomada en periodismo.

Su primera novela, *Viviane Élisabeth Fauville*, fue traducida al inglés, al alemán, al italiano, al holandés, al sueco y al español por Eterna Cadencia en el año 2019. En el 2013 ganó el Premio a la Primera Novela de la Universidad de Artois. Entre sus siguientes libros cabe destacar las novelas *El triángulo de invierno* (2014; Eterna Cadencia, 2021), *Sigma* (2017) y *Propriété privée* (2019), publicadas en francés por Les Éditions de Minuit.



ETERNA CADENCIA EDITORA

Dirección editorial Leonora Djament

Edición y coordinación Virginia Ruano

Corrección Mariana Podetti

Prensa y comunicación Tamara Grosso

Asistente de edición Eleonora Centelles

Diseño de colección y de cubierta Cali Hernández y Vero Lara

Administración Marina Schiaffino

Conversión a formato digital Libresque